

SECCIÓN IV

RE-VISIONES

DESDE ALGUNA PARTE



15.

Sobre la obra de René Zavaleta: un diálogo a tres voces

Norma de los Ríos Méndez

Estas líneas fueron presentadas originalmente en el homenaje a René Zavaleta organizado por varias instancias académicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, entre ellas, el Posgrado en Estudios Latinoamericanos, que me honro en coordinar. La tradición latinoamericana y latinoamericanista que ha caracterizado siempre a nuestra Universidad, cobija esfuerzos de esta naturaleza, proyectos colegiados y comprometidos de una academia particularmente sensible, no sólo al reconocimiento generoso y merecido a sus más destacados miembros, sino a la recuperación y puesta al día de las expresiones más fecundas del pensamiento latinoamericano.

Conocí poco a René Zavaleta. Sin embargo lo recuerdo como una persona afable y cordial, y creo recordar una sonrisa entre bonachona y burlona que tal vez evocaba, o un comentario sagaz o uno sardónico, o acaso una jugarreta del lenguaje. Por supuesto que como lectora conocí a Zavaleta en aquella década de los '70 en la que sus escritos eran fuente obligada para los estudiosos de América Latina. Sin embargo, poco sería lo que yo pudiera aportar o añadir tanto en términos de una semblanza como de su trayectoria intelectual, en esta mesa que tengo el honor de compartir con destacados especialistas conocedores de su obra y, muchos de ellos, además, amigos entrañables de René, que compartieron sus luchas, sus anhelos o sus enseñanzas.

Por ello mi participación será una suerte de homenaje en segundo grado. Mi intervención tratará de recuperar algunas de las ideas y de los planteamientos, algunos de los empeños, que se encuentran presentes en el espléndido libro de Luis Tapia: *La producción del conocimiento local:*

Historia y política en la obra de René Zavaleta, obra cuya memoria hoy nos congrega.

Trataré de centrar mi reflexión en dos áreas de problemas que responden a dos de mis preocupaciones fundamentales, recuperando algunos de los múltiples aportes y las muchas lecciones que se desprenden del libro de Luis y del también espléndido prólogo del Dr. Luis H. Antezana.

Un primer empeño que me parece no sólo fundamental sino con el que me identifico plenamente, es el de la perspectiva de lo que podríamos llamar el rescate y la reapropiación de las obras más significativas de la producción del conocimiento en América Latina. Considero que los latinoamericanos tenemos que valorar la obra de muchos autores latinoamericanos que constituyen pilares de nuestra identidad continental, miradas lúcidas y clarificadoras sobre nuestras sociedades, e indiscutibles aportes al conocimiento en general.

Cuando nos acercamos a la obra de Luis Tapia *La producción del conocimiento local...*, el propio título nos sugiere que no se trata tan sólo de resignificar o de repertoriar una de tantas obras importantes y fundamentales de autores latinoamericanos. Muchas de las obras de nuestros autores contienen un enorme caudal de información; tantas otras, descripciones prolijas y atinadas; algunas más, explicaciones profundas de sucesos varios etc. Todas nos aportan algo, es claro, pero el tipo de conocimiento que producen es de índole diversa. De lo que se trata en este espléndido estudio es de recuperar los aportes epistemológicos, que producen conocimiento, que enriquecen la teoría, y que conservan esa cuota de inteligibilidad, o que despejan ese “horizonte de visibilidad” que hace de esos autores unos clásicos, no sólo por el grado de universalidad que puedan contener sus obras situadas en su tiempo y espacio históricos, sino porque de esa “clasicidad” latinoamericana podemos continuar sirviéndonos conceptualmente para iluminar nuestra realidad.

Recuperar críticamente la obra y el pensamiento de destacados autores latinoamericanos no es sólo un empeño generoso, reconocimiento de una deuda intelectual, política o académica que tenemos con ellos; es mucho más que eso, es también algo más que un mero rescate identitario que ya de por sí resulta necesario y valioso, es seguir trabajando en esa dirección epistemológica, en esa “primacía de lo conceptual”, como lo expresa Antezana, en ese compromiso de todo historiador y científico social –como decía otro gran y añorado maestro, Don Sergio Bagú– de “añadir siquiera un párrafo a la teoría”.

Otro elemento de identificación con la lectura del libro de Luis es que ese empeño de rescate, reapropiación y, en ese sentido, renovación conceptual de la producción latinoamericana, se hace en “condiciones adversas”. Me explico: cuando Antezana, en el prólogo, nos dice que Tapia suscribe “un marxismo a la Zavaleta”, explica que la obra de René se inscribe en un momento en que las condiciones sociales de recepción del pensamiento de izquierda eran mucho más amplias y favorables que las actuales. Hoy, por el contrario, en un mundo globalizado, cada vez más conservador, girando cada vez más hacia la derecha, bajo un poder unipolar amenazante y avasallante, resulta sumamente difícil abrir brechas, preservar la esperanza, diseñar vías alternativas en el hacer y en el pensar y no dejarse abatir por el peso de las modas desestructurantes. Luis Tapia logra, en este clima adverso, gracias al rigor y a la calidad de su trabajo, y a la riqueza y fertilidad de la obra de Zavaleta, devolvernos una lectura crítica y renovada del marxismo-zavaletiano y de la perspectiva latinoamericana que lo produce.

Sigo con las identificaciones y las coincidencias con los empeños de Luis Tapia, algunas sólo las enuncio; otras trato de desarrollarlas un poco.

Una, la de pugnar por un pensamiento en donde lo local y lo universal se implican mutuamente, condición fundamental de acceso a lo universal en la preservación de las identidades. Otra, la de abocarnos a una tarea en la que la única respuesta posible al abatimiento, a la crisis paradigmática y al desencanto, sea la de empeñarnos en esos “actos colectivos de conocimiento”, que también para mí constituyen la única manera de hacer historia. Una más, que nos es particularmente cara y de difícil renuncia a aquellos que, en nuestros años juveniles, fuimos formados aún en los varios credos de la modernidad, y que es la de seguir buscando “claves para conocer el conjunto”, la de continuar persiguiendo como propuesta metodológica una cierta concepción de “totalidad” que integre la unidad y la diversidad de lo real, una concepción de “totalidad” que no es yuxtaposición ni mera complementaridad, que no sólo es complejidad, articulación de los diversos niveles de análisis y planos de la realidad, sino también esfuerzo de síntesis y conservación de peculiaridades.

Entre las muchas nociones que maneja Tapia, es particularmente importante y estimulante abordar la categoría de conocimiento barroco “moderno” que propone, y la analogía con la categoría zavaletiana de

“formación social abigarrada” donde, como nos dice Luis H. Antezana, “lo múltiple y lo diverso conviven en verdaderas densidades temporales”¹.

Si la propuesta conceptual “la deriva Tapia de Alejo Carpentier y su concepción del barroco” (2002:9) y sí a mi me remite al concepto de “*ethos* histórico” y particularmente de “*ethos* barroco” de Bolívar Echeverría, lo que importa de dichas referencias, lo que desprendo de ellas, es la pertinencia de esos esfuerzos conceptuales que nos permiten acuñar categorías históricas con las cuales pensar y penetrar nuestras realidades y estas categorías me complacen más, epistemológicamente hablando, que las vaguedades de moda de los *Cultural Studies*, y la frecuente ligereza de sus referentes teóricos.

La complicidad que establezco con el planteamiento de Tapia y su apropiación del pensamiento de Zavaleta es la de ese posicionamiento conceptual: Antezana nos dice que del “conocimiento barroco moderno” que suscribe Tapia, “lo de moderno asume el aporte marxista y en lo de barroco se asume la diversidad social, por un lado, y por otro, los límites con que choca la universalidad” (2002:9). Esta feliz conjunción es la que entraña y permite ese horizonte de visibilidad –y para mi también de inteligibilidad– de los procesos históricos, donde la profunda heterogeneidad y diversidad de lo social no conduzca a la fragmentación de la realidad y por ende a la fragmentación del conocimiento de esa realidad, procesos en los que nos ha arrojado el posmodernismo desencarnado y ahistórico.

Frente al “servilismo cognoscitivo” y la pobreza teórica del pensamiento neo-liberal, resulta que un grado de conocimiento pasado puede resultar más apto y más rico que el actual, perteneciente a esa “esfera neoliberal”, que reduce y estrecha las posibilidades, límites y alcances del conocimiento dejando fuera de dicha “esfera” una parte sustantiva de la realidad que no se ajusta a su “modelo social”, y que resulta no sólo molesta sino incluso prescindible...

El “experimentar un significativo (o un cierto) grado de pertenencia a un horizonte conceptual...” nos mueve a revisarlo críticamente, no sólo como forma de apropiación sino también como exigencia de rescate

1 Cit. por Luis Tapia, *La producción del conocimiento local: historia y política en la obra de René Zavaleta*, La Paz, Muela del Diablo Editores, 2002, p. 9. En lo sucesivo las ideas y frases entrecomilladas corresponden a la misma obra, por lo que se emplea el sistema de citación (Tapia, 2002) con la única referencia de la página correspondiente cuando se reitera la misma fuente.

de aquellos conceptos, de aquellas propuestas metodológicas que aún conservan cierta vigencia explicativa, que todavía nos permiten pensar y comprender la realidad en su complejidad, especificidad y universalidad, en la articulación e interdependencia entre sus esferas, planos y niveles, y sobre todo en sus realidades espaciales y temporalidades múltiples, diversas y simultáneas.

Esto me lleva a la segunda fuente de complicidades e identificaciones con la obra de Tapia que se refieren a la índole y calidad de su reflexión historiográfica.

Para los que nos dedicamos a la historia como disciplina y más precisamente a la reflexión historiográfica, partir de la interioridad e integralidad de un pensamiento es condición *sine qua non* de dicha reflexión.

Ese proceso de interiorización, ese proceso de apropiación del pensamiento, tiene que ser, como dice Luis Tapia “una reflexión sobre él, es decir una revisión crítica” (2002:22). Se trataría de romper, o al menos de fracturar, todo “presentismo” deformante o subjetivista a través del proceso que tan claramente detalla Tapia. En la medida en que la interioridad del analista respecto del pensamiento (del autor) se vuelve, cada vez más, identificación o incorporación de esas ideas y modo de pensar, el análisis y el montaje de un aparato conceptual para realizarlo con elementos traídos de fuera se va reduciendo y se convierte en complemento orgánico. Se pasa a realizar el análisis y la crítica a partir de los mismos elementos que contiene esa obra, en ese momento del análisis (2002:23; énfasis mío).

Este proceso de apropiación e interiorización en el que se trata de analizar y reconstruir desde dentro, con el apoyo de aparatos analíticos externos que atraviesen las fases de apropiación y análisis y que desemboquen en “la exposición explicativa y reflexiva”, debe ser un proceso de reconstrucción para el presente. No se trata pues del regodeo nostálgico del pasado, ni de la evasión en un presente dilatado que cancela el futuro; se trata, como dice Luis, de pensar históricamente hacia atrás y hacia adelante nuestro presente (2002:26).

Ciertamente, historiar es articular espacios y tiempos sociales, políticos y culturales, pero la función social de la historia es producir autoconciencia en una sociedad, es alimentar la posibilidad de conciencia colectiva.

De ahí el doble valor de la investigación de Luis Tapia que nos introduce a y nos conduce por ese apasionante trayecto en el que la recupera-

ción de un “clásico” latinoamericano y universal como René Zavaleta, no es ejercicio de nostalgia sino perenne lección de actualización crítica.

Para cerrar esta reflexión comento lo siguiente: no sé si lo leí, o a quién escuché decir aquello de que “o ya no entiendo lo que pasa en el mundo o ya dejó de pasar lo que entendía”. Frases como esas suelen ser expresiones de una cierta angustia, que frecuentemente es una angustia generacional por muchos compartida. El peligro que puede encerrar tal afirmación es el de nutrir el desencanto y potenciar una cierta parálisis reflexiva; es más fácil refugiarse en esta concepción desmovilizadora y fatalista que emprender la tarea colectiva en la que tantos de nosotros seguimos empeñados: la de seguir hurgando, analizando, explicando nuestras realidades, buscando un sentido a nuestra historia, oteando, adivinando un horizonte que nos devuelva la capacidad de preservar la esperanza y, sobre todo, mantenga nuestro compromiso de contribuir a la construcción de alternativas posibles, viables, más justas, más humanas, más dignas.

Las obras de René Zavaleta y de Luis Tapia nos invitan a ello.

16.

René Zavaleta: una mirada comprometida

Elvira Concheiro Bórquez

Junto a un numeroso exilio proveniente de diversos países latinoamericanos, René Zavaleta llegó a México tras la caída del gobierno popular presidido por Salvador Allende, el cual, a su vez, le había dado refugio después de la derrota de la Revolución Boliviana en 1971. Era el momento en el que América Latina se ensombrecía con las dictaduras militares que por doquier se impusieron en aquella década. México, pese a su añejo régimen autoritario y a su propia *guerra sucia* de esos años, se mantuvo en la actitud solidaria que tres décadas atrás había permitido recibir a los refugiados españoles tras la derrota de la República y el triunfo de los franquistas.

De esa forma, en la década de los '70, México recibía de nuevo las más intensas y diversas experiencias políticas de un generoso e inteligente exilio que del fracaso sacaba ricas reflexiones intelectuales que inundaron nuestras aulas universitarias —entonces convertidas en los pocos espacios existentes en el país para las voces críticas y el quehacer político opositor— y nutrieron a una izquierda estudiantil y académica —en aquel tiempo muy presente y organizada— que pugnaba por democratizar los centros de educación superior, incidir en los contenidos de la enseñanza y crear instrumentos de defensa laboral.

La importante presencia que tuvo en aquel momento el pensamiento marxista en las universidades mexicanas no puede desvincularse de aquellos brasileños, chilenos, argentinos, bolivianos, uruguayos, colombianos, guatemaltecos, dominicanos, paraguayos, salvadoreños que, víctimas todos de una reacción intolerante que bañó de sangre a Latinoamérica, compartieron con nosotros su experiencia, su conocimiento, su rabia y su esperanza.

Formados lo mismo en sus universidades que en el seno de sus diversas organizaciones; partícipes tanto de luchas armadas como de procesos electorales; nutridos por igual de la lucha obrera, campesina o estudiantil, que por la experiencia de gobierno en sus países, todos esos latinoamericanos exiliados brindaron la oportunidad de realizar aquí un intenso debate, releer con otros ojos la obra de los fundadores del marxismo, conocer a otros autores, participar con rigor de discusiones intelectuales que en buena medida eran privativas de medios europeos; estudiar sus propias obras que nos adentraron en la realidad viva y compleja de nuestra América Latina. Porque unos eran dependentistas de diversas corrientes y otros los rebatían; unos enarbolaban el pensamiento de Mariátegui y de Mella y otros proponían leer sin prejuicios a Lenin y a Gramsci, lo mismo que a Luxemburgo o Trotsky; varios abrieron nuevos caminos al estudio analítico de Marx a través de la lectura de *El Capital*. Todos con múltiples preguntas y experiencias que enriquecieron el pensamiento crítico latinoamericano.

En ese medio generoso, Zavaleta destaca por su capacidad creativa, su rigor y su irreverencia. Llegado a México con 36 años que encerraban ya una larga experiencia política e intelectual, se adentró rápidamente en la realidad mexicana, misma que incorporó en sus análisis comparativos de las peculiaridades de los procesos políticos latinoamericanos.

René Zavaleta (en adelante alternativamente RZ) siempre hizo todo siendo muy joven. Se incorpora a la lucha política durante la gran crisis general de Bolivia del año 1952 siendo apenas un adolescente, después de lo cual llega a vivir primero en Argentina y luego en Uruguay, que es donde conoce a Alma y poco después se casa y tienen a su primer hijo; en el año de 1960 es el Primer Secretario de la Embajada de Bolivia en Chile, cargo que deja dos años después para, con sólo 25 años de edad, ser diputado del MNR en el segundo gobierno de Paz Estenssoro y a los 27, ministro de Minas y Petróleo, es decir, de la actividad económica más importante del país y cuna de un poderoso movimiento obrero que desde la Revolución del '52 estaba marcado –como solía recordar Zavaleta– por su vocación de poder.

Tras el golpe del 4 de noviembre de 1964, el luchador boliviano vuelve a exiliarse en Uruguay donde vivirá dos años más, al cabo de los cuales regresa a su país bajo la dictadura de Barrientos para terminar sus estudios de sociología, pero poco después cae preso. Tras la amnistía navideña que le permitió salir libre, RZ acepta en 1969 ir a Oxford, Inglaterra, como profesor invitado. Ahí será donde escriba su trabajo *La caída del*

MNR y la conjuración de Noviembre (historia del golpe militar del 4 de noviembre de 1964), mismo que no será publicado sino hasta 1994.

Las esperanzas democráticas que abrió el gobierno del General Torres y, particularmente, la Asamblea Popular constituida por los trabajadores bolivianos en 1971, hacen que René y su familia dejen el viejo continente y regresen a Bolivia. Sin embargo, poco más de seis meses después, el golpe militar encabezado por Bánzer hará que junto a muchos de sus compañeros, Zavaleta tenga que dejar una vez más su país. En esta ocasión será el gobierno popular de Salvador Allende el que le dé refugio político. En Chile trabajará en la Oficina de Planificación de la Presidencia, y después se incorporará al Centro de Estudios de la Realidad Nacional de la Universidad Católica, donde escribe su libro *El poder dual en América Latina*, el cual fue publicado en México a su llegada tras el golpe de Estado contra Allende.

Después de veinte años de intensas experiencias políticas e intelectuales, RZ dedicará una década, la última de su corta vida, esencialmente a la reflexión y al análisis de la realidad latinoamericana, misma que realizará en voz alta junto a sus alumnos y colegas, tanto desde el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, como desde la FLACSO, de la cual fue director fundador en México, de 1976 a 1980. Aquí en México será donde Zavaleta madure su reflexión teórica y, por tanto, donde elabore y publique la mayor parte de su obra, además de ejercer el periodismo.

Recién había regresado a su patria, con muchos proyectos y un enorme entusiasmo de volver a esa su Bolivia de la que los militares lo habían expulsado más de una década atrás. La enfermedad no pidió permiso y repentinamente lo puso a la muerte. Alma, su compañera, lo trajo de vuelta a México en un intento desesperado por encontrar su cura. A los pocos meses, René Zavaleta murió aquí un día de diciembre de 1984, cuando contaba apenas con 47 años de edad. Su muerte prematura dejó un importante hueco en el pensamiento social latinoamericano y un profundo dolor en quienes la relación con René proporcionó tanto cariño, amistad y conocimiento.

El militante político

Como es sabido, América Latina vivió intensos procesos y crisis políticas de gran envergadura desde principios de la década de los '60. Al

calor de la Revolución Cubana, en muchos países se produjeron, por un lado, diversos movimientos populares y algunas auténticas revoluciones que tuvieron en continua ebullición al subcontinente y, por otro, frecuentes contragolpes violentos de las fuerzas conservadoras. La vida personal de René Zavaleta no es sino reflejo de aquella situación. Los altibajos de aquella perspectiva abierta de una América Latina popular, que comienza a conocerse a sí misma y a abrirse paso en la disputa del poder contra las viejas oligarquías, implicaron para René, como para tantos otros luchadores sociales, el cambio continuo de país, el tránsito entre cargos de representación popular y gubernamental, a la condición de exiliado o preso.

El compromiso político de RZ no es una mera circunstancia accidental, aunque le haya tocado vivir esos momentos particularmente sustantivos tanto de la historia contemporánea de su país –en los que, como hemos señalado, se vio envuelto desde muy temprana edad–, como de otras naciones latinoamericanas en las que vive y se compromete con los acontecimientos que le toca presenciar. En él, la condición de militante político es consustancial a su manera de ver el mundo y de entenderlo:

“(…) no se sirve de un modo adecuado a la realidad sino cuando se la transforma. No hay otro modo de conocerla. Es la realidad misma, por lo demás, la que nos convoca y nos habilita para ese acto de reconstrucción. Ella produce la conciencia en los hombres cuando su voluntad interna quiere que los hombres vuelvan sobre ella y la cambien” (Zavaleta, 1974:7).

En efecto, RZ encontró en la realidad boliviana, en particular, y latinoamericana, en general, esa convocatoria a analizarla y pensarla teóricamente. Los sujetos políticos con los que él se identificó, aquellos mineros que con su extraordinaria capacidad de movilización sometían continuamente a la más severa crítica a los poderes establecidos, no sólo fueron la principal fuente de reflexión y de creación intelectual de René, sino su principal referente político.

Zavaleta encuentra en la actuación de la clase obrera boliviana una gran pasión que marcó su vida: “*La de Bolivia, –escribe– (...) es una clase obrera en extremo brillante y casi inexplicable de la historia de Bolivia. Toda la historia de nuestras vidas ha resultado cambiada por este sujeto extraordinario y casi inexplicable de la historia de Bolivia*”. (1974:8).

No quiere ser observador docto o relatar sus memorias de lo vivido como testigo ajeno pues, por el contrario, RZ se concibe a sí mismo como parte integrante de ese movimiento de los obreros de su país. Es por ello que explicita en varias de sus más importantes obras su voluntad de escribir para los trabajadores bolivianos, convencido de que constituyen el sujeto más apto e interesado en incorporar a su práctica política el conocimiento crítico en que él se empeña. Y en ese terreno no hace concesiones de ninguna especie. Así como exalta aspectos de la actuación y la vocación de poder de la clase obrera, desmenuza todas sus debilidades e incapacidades, entendiendo un aspecto y el otro como partes de la misma historia forjada por esa clase¹.

Acorde a la propia trayectoria del movimiento obrero y popular en el que creció, René fue parte del nacionalismo revolucionario que, caracterizado en Bolivia por su masivo componente obrero, forjó el Estado moderno –aunque por lo mismo profundamente inestable– de aquel país. Después, durante el levantamiento popular de principios de la década de los ‘70, fue miembro y constructor del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y, finalmente, en su exilio chileno ingresó en el Partido Comunista de Bolivia, al que perteneció hasta su muerte.

Comunista crítico, Zavaleta concibió su compromiso militante, orgánico, con un espíritu libre e irredento que acompañó siempre su entrega conciente y responsable. Comprensivo y considerado con sus compañeros de partido, siempre expresó lo que pensaba, así disgustase o fuese incomprendido en un medio impregnado de dogmatismos y disciplinas férreas. Finalmente, y pese a poderosas resistencias, ello le otorgó un gran reconocimiento y respeto.

1 “*Tanto su intento estatal como su derrota –escribe Zavaleta– estaban dentro de la estructura histórica del movimiento obrero y no fuera de ella*” (1974:10). En otro de los varios trabajos que dedica a analizar la actuación y características peculiares de los obreros bolivianos, leemos: “*Era un proletariado magnífico y literal; este era el proletariado del tiempo de Carlos Marx, en efecto, por su pureza, alevoso y cándido como una naturaleza saludable, una mezcla de beato y de animal de rapiña (que es, según Spengler, la forma más alta de la vida), pero también tan principiante, con tan pocas referencias en el pasado, pagando a todas horas su ser nuevo de clase; finalmente, poderoso hacia fuera pero débil ante sí mismo, era como clase lo que fue como individuo Busch, perdido en medio de los hombres*” (Zavaleta, 1995:68).

El maestro

René Zavaleta Mercado deslumbraba por su brillantez y no fueron pocos los que al oírlo buscaban la manera de retener en la memoria –como una manera curiosa de aprender– las formas lúcidas y originales con las que abordaba cualquier tema. Ciertamente, tanto en sus escritos como en sus clases o conversaciones personales, RZ tuvo siempre inclinación por expresarse de una manera diferente a las habituales, utilizando un lenguaje abigarrado que por momentos resultaba difícil. Algunos han considerado que el lenguaje peculiar de Zavaleta es producto de su inclinación poética, otros que es su respuesta a un medio político que se resiste a comprenderlo. Además de ser producto no sólo de su amplia cultura, sino de la cantidad de ideas que en su obra parecen agolparse, parece evidente que sus palabras acompañan la riqueza y complejidad de su manera de abordar su objeto de estudio. René ve y entiende de una manera propia los hechos sociales, poniendo en el centro de éstos su peculiaridad, razón que lo lleva también a buscar, denominar y explicar de modo diferente lo nuevo que observa desde esa perspectiva.

Ávido e inclemente lector, conversador ingenioso y polémico, crítico agudo y sagaz, RZ fue un maestro en el sentido más profundo. Sabía inocular preguntas e inquietudes, lograba despertar la imaginación y la búsqueda infatigable del saber. Bajo su penetrante mirada, todo estaba sometido a la más severa crítica, empezando por el papel del propio productor de conocimientos.

Como profesor universitario, su propósito fue enseñar una manera compleja y creativa de entender el marxismo, de comprenderlo como el instrumento que permite un conocimiento que no se somete a ninguno de los poderes establecidos de la sociedad contemporánea en general y de la latinoamericana en particular. Riguroso y exigente en el manejo conceptual, sus clases fueron escenario de la intensa búsqueda de una creación intelectual que fuera útil a la transformación social. En sus cátedras, Zavaleta compartió generoso sus más lúcidas reflexiones; enseñando a pensar, invitó a sus alumnos a emprender juntos el camino del conocimiento científico, un camino que junto a René no resultaba sencillo pues, a la manera de lo que piensa Galileo Galilei en la pluma de Bertolt Brecht, exigía el coraje especial del que se atreve a construir el conocimiento sobre la base de ponerlo todo en duda: *“De la duda –escribe Zavaleta– viene la creación; ver el mundo como problema y no como conjunto*

de verdades reveladas es quizá lo mejor que se puede dar como sustrato espiritual en todas las instituciones de enseñanza” (1990:32).

El creador

La trayectoria política de RZ, que más arriba hemos esbozado en grandes trazos, se expresó en su propia definición intelectual. Desde la perspectiva nacionalista revolucionaria, comienza pronto a abrazar el marxismo, del cual –como señala su amigo y colega Horst Grebe– finalmente *“hará una recreación ortodoxa (vale decir, todo lo contrario de dogmática), que es el privilegio de los verdaderos pensadores originales”* (Grebe, 1987:9).

En efecto, Zavaleta fue un marxista esencialmente antidogmático, tanto por su actitud atenta y abierta con la que analiza la realidad social de su tiempo y lugar, como por su conocimiento riguroso de la obra de Marx y de los principales marxistas. Esto lo lleva a una creación propia y original a partir de lo que él mismo consideraba como eje central del análisis crítico: la perspectiva de lo concreto y específico que, como decía, es la manera de ocurrir que tienen los hechos sociales. Frente a un marxismo acartonado y aún con gran querencia por las verdades absolutas y cerradas, el de René es una insistente y reiterada llamada de atención sobre lo específico y diverso de los procesos sociales. Atender a la “causación histórico-local”, es decir, fijar la atención en lo que también llamó “el modo de recepción” del capitalismo en países como los nuestros, era para el teórico boliviano el único camino para entender su particularidad, su heterogeneidad y su “combinatoria propia”. Ante las visiones mecanicistas o deterministas, con insistencia señalaba que “la condición objetiva puede tener diferentes expresiones subjetivas” o, en otras palabras, que “la superestructura expresa la diversidad de la historia del mundo”.

Esta posición llevó a Zavaleta a afirmar la necesidad de adaptación del método de Marx para entender sociedades “abigarradas y heterogéneas” como las nuestras, en las que nada ocurre –solía decir– como debería de ocurrir. Para él, por tanto, es, al menos, discutible hablar de un método general para conocer a todas las sociedades. En su última e inconclusa obra escribe:

“El *método general* resulta al menos una posibilidad tan remota como la teoría general del estado. Cada sociedad debe, en cambio, reconocer el método que a ella puede referirse o serle pertinente. Hay sociedades cognoscibles y sociedades no cognoscibles, sociedades cognoscibles de una manera y sociedades cognoscibles de otra manera, en fin, sociedades cuantificables y sociedades en las que la forma de articulación entre formas distintas es una cualidad. El conocimiento crítico, por la forma aglutinada de presentación heterogénea en ese *pathos*, es propio de sociedades de dudosa cuantificación como Bolivia” (Zavaleta, 1986:21).

A partir de esta convicción, Zavaleta Mercado encuentra en el estudio del origen de los procesos sociales –en lo que llama el “momento constitutivo” o “acto originario” de una sociedad dada– un método de conocimiento propio de la realidad de países atrasados, los cuales entienden de que son aquellos que carecen de capacidad para autoconocerse por no tener, entre otras cosas, datos básicos que las describan, es decir, formas confiables de cuantificación social. Frente a las tendencias dominantes, que en América Latina han tratado de explicar nuestras realidades a partir de esquemas válidos para los países desarrollados, Zavaleta sostiene que estas sociedades encuentran en sus grandes momentos históricos, en los “nudos principales de una situación” ya sea de crisis, revoluciones o guerras, los rasgos que las distinguen y que las explican.

En sus reflexiones sobre el método de conocimiento, René recupera la visión de Lukács sobre la totalidad social, para volver a alertar sobre el riesgo de entenderla como “totalidad vacía” si no se comprende la relevancia de su reconstrucción concreta, es decir, a partir del análisis de la riqueza y complejidad de una determinada y específica realidad:

“Podemos hablar de régimen productivo o de trabajo productivo o de subsunción real o aun de formación económico-social, pero cada uno de estos objetos teóricos habrá ocurrido de un modo o de otro, aunque contengan un concreto de pensamiento generalmente válido, tendrán inevitablemente una historia” (Zavaleta, 1986:101).

No se trata, por tanto, de realizar una mera transposición de categorías o de aplicar análisis válidos en otro tiempo y lugar. Tampoco resulta suficiente entender las formas genéricas que describen una sociedad sin tener

presente que, como ya hemos señalado, dentro de una misma estructura social determinante los hechos pueden ocurrir de diferente manera.

Ahora bien, para Zavaleta las formas particularmente contradictorias en que se presentan los hechos sociales en sociedades como las nuestras –en las que existen dificultades propias y peculiares para su comprensión–, obligan a un método de conocimiento histórico. Como afirma en su trabajo sobre el Estado en América Latina:

“(…) lo que corresponde analizar es de dónde viene este modo de ser de las cosas: las razones originarias. Hay un momento en que las cosas comienzan a ser lo que son y es a eso que llamamos el momento constitutivo ancestral o arcano o sea su causa remota, lo que Marc Bloch llamó “la imagen de los orígenes” (1990:180).

Para Zavaleta, el papel determinante de los momentos constitutivos o catastróficos está dado por su condición de poner a la sociedad entera en disposición de reformular sus patrones ideológicos y también –como decía– “*lo que se puede llamar el ‘temperamento’ de una sociedad*”. En otras palabras, René entendía que la manera en que se conciben los sujetos sociales a sí mismos y a los demás, depende del papel que cumplen en esos momentos definitorios. De igual modo, las formas particulares que adquiere la dominación y las características específicas de las instituciones y el Estado mismo responden a su momento y manera de construcción.

De alguna forma, la contribución central de René Zavaleta está en este llamado de atención permanente sobre aquello que no entra en esquema alguno, que tiene, por tanto, un carácter no rutinario. Por ello, su obra nos conduce hacia el estudio de las paradojas sociales, del desarrollo contradictorio, de las conductas inesperadas de los actores sociales y, desde luego, de las catástrofes sociales. Por tanto, en el método de conocimiento que nos ofrece y que él considerará, a su vez, como “*la principal contribución sociológica del movimiento obrero boliviano*” (Zavaleta, 1988:80), está en el centro el estudio de las crisis generales. Para Zavaleta éstas son momentos en los que la sociedad se muestra tal cual es, en los que todos los velos, que en tiempos de quietud ocultan su esencia, se desvanecen y las clases se presentan en su desnudez. La sociedad aprende, es capaz de conocer a partir de su práctica, aquello que le ha sido vedado por la forma peculiar de la dominación local. “*Es razonable* –explica Zavaleta– *concebir la crisis como un instante anómalo en la*

vida de una sociedad, y eso querría decir una hora en que las cosas no se presentan como son en lo cotidiano y se presentan en cambio como son en verdad” (Zavaleta, 1986:21).

Muchas son las contribuciones de René Zavaleta que se desprenden de esta manera de concebir el camino hacia el conocimiento de nuestras sociedades. Su aporte al análisis del Estado en América Latina, de la democracia, las formas de dominación, el papel de la ideología, la formación de la conciencia nacional, las clases sociales y las formas de lucha política, son quizás algunas de las más relevantes que acompañan su agudo análisis histórico de la formación social boliviana.

Sin embargo, la valoración y el estudio de la obra de RZ están aún por hacerse. Los grandes cambios políticos y económicos que se han producido en el mundo desde aquella oscura década de los ‘80 y que, desde luego, se reflejaron negativamente en los medios académicos, no han contribuido a la recuperación de esa labor intelectual de René, que sin duda tiene una enorme actualidad.

El pensamiento crítico latinoamericano ha tenido, y tiene, en RZ una valiosa fuente para su desarrollo y enriquecimiento frente a una realidad cada vez más compleja, contradictoria y plena de múltiples significados que convoca a ser desentrañada a su manera, es decir, con compromiso, rigor teórico y creatividad intelectual.

Referencias bibliográficas

- GREBE, Horst (1987), “Prólogo a la Tercera Edición”, en R. Zavaleta Mercado, *El poder dual*, La Paz, Ed. Los Amigos del Libro.
- ZAVALETA MERCADO, René (1974), *El poder dual en América Latina. Estudio de los casos de Bolivia y Chile*, México, Siglo XXI Editores.
- (1986), *Lo nacional-popular en Bolivia*, México, Siglo XXI Editores.
- (1988), “El proletariado minero en Bolivia”, en *Clases sociales y conocimiento*, La Paz, Ed. Los Amigos del Libro.
- (1990), *El Estado en América Latina*, La Paz, Ed. Los Amigos del Libro.
- (1995), *La caída del MNR y la conjuración de noviembre*, Obras Completas, La Paz, Ed. Los Amigos del Libro.

17.

Zavaleta revisitado: “...que veinte años no son nada”

Maya Aguiluz Ibargüen

Breve introducción

Bolivia hoy al igual que cuanto acontecía en 1984, hace veinte años; en 1974, soportando una de las dictaduras paradigmáticas de aquella década en esta región del mundo, o en 1964, al concluir, también de golpe, el ciclo del ‘52 y cerrándose la alianza partido-sindicato del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) y la Central Obrera Boliviana (COB), hacen de esos años los lazos de acontecimientos que por supuesto no se dan por sentado; parte de esos vínculos en retrospectiva han sido vistos por los ojos selectivos de historiadores/as y retenidos en las memorias, algunas constituidas en colectivas; pero son años, fechas, que significan vidas humanas. No hay certeza cómo llegarán a significar. A veces, los tiempos son como golpes que sorprenden, alertan y agitan; otras quieren ser borrados o guardados Sin embargo, sea cuales fueran las “significancias”, hay una condición inevitable: los tiempos son vividos en “muchos sentidos”¹.

Este escrito es el resultado de un ejercicio de rememoración a través del cual siempre se vuelve a ciertos lugares. En este caso he elegido una de las obras de René Zavaleta Mercado (en adelante, por apellidos o por las siglas ZM), *La formación de la conciencia nacional* (1990 [1967]),

1 Decía Hayden V. White, en un artículo titulado “El peso de la historia” (1966), que para evitar relegar los cambios significativos a un pasado mítico y abandonar el sentido de la continuidad plausible entre el mundo presente y el que lo precedió, la historia tendría que efectuar un doble cambio: primero, acercarse al carácter provisional de las construcciones metafóricas, y segundo, contar con la disposición de enfrentar la discontinuidad, el rompimiento y el caos del presente (White, 1982:192).

para tomarla como un “lugar de reserva” desde donde se vuelven a significar las preocupaciones de antes frente a cuestiones muy presentes. En este ejercicio he pasado por alto procedimientos que no estuvieran a mi alcance, tales como la aproximación exhaustiva, la revisión panorámica del conjunto de la obra del autor y las vinculaciones texto-contexto, entre otras, limitándome a *volver* a una de mis primeras lecturas de este libro, uno de los más conocidos.

A lo largo de los siguientes apartados, además de esa vuelta a la lectura se apreciará la recurrente presencia de algunos temas que dimensionan el carácter del autor: la construcción de la nación; el orden analítico (muy tempo-espacial); el uso y definición de nociones como multitud y crisis; y la inserción de otras cuestiones menos indicadas en los estudios e interpretaciones sobre ZM que aquí, por obvias limitaciones, apenas son delineadas, tales como la dimensión cultural adherida a la misma idea de nación que empleara Zavaleta Mercado en el sentido de comunidad emotiva, dimensión cultural emotiva que pasa a constituirse en clave de otros conceptos como el de crisis y el de multitud. Y que también es la cifra de todo aquello que él incluyó a la hora de componer el paisaje de un país con sus dificultades y sus glorias.



Las narraciones históricas relatan acontecimientos, procesos, hechos y contingencias que han condicionado a las sociedades para llegar a ser tal como son en el presente; sin embargo, el curso de la historia no nos significaría tanto sin el preciso recurso de la memoria –los recuerdos y los olvidos– que, además de funcionar selectivamente, se sirve del contraste entre “bloques temporales señeros” y no señeros, tanto que su alternancia define el peso y el alcance de sentido de cada periodo y fragmento de la realidad social (Zerubavel, 2003)².

En la obra de Zavaleta Mercado hay un franco despliegue de esta diferenciación de cortes temporales largos y cortos, tomados como “únicos”, según la citada acepción de Zerubavel. A este uso del recurso analítico del *tempo* y sus variaciones se agrega el del espacio y sus escalamientos, así como el deslizamiento de ambos en los tiempo-espacios (cronotopías).

2 Tomo esta idea de la obra citada en la bibliografía del sociólogo de la memoria, gracias a la excelente traducción de Jesús Casquete, de la Universidad del País Vasco (Bilbao).

Tales aplicaciones revelan aquella combinatoria que en otras latitudes se debatía en términos de enfrentamiento con un *tempocentrismo* predominante y enunciado en una formulación que decía, aproximadamente: “más que historia, debemos ahora hablar de la gente haciendo su propia geografía”, o más bien de ambas³.

La formación de la conciencia nacional me parece el libro más enigmático, no porque sea la cifra de ZM, sino porque lleva consigo la huella de una doble herida: la del exilio y la del proyecto frustrado (o más bien violentamente socavado) del nacionalismo revolucionario del ‘52, concluyendo a su vez con la alianza partido/MNR-sindicato/COB representada por los dos actores políticos claves, Víctor Paz Estenssoro y Juan Lechín Oquendo. Tal obra ha sido, en definitiva, un libro itinerante: primero fue publicado en Montevideo, bajo el sello Diálogo (también se menciona el de Tierra Firme), con el título *El desarrollo de la conciencia nacional* (1967); un año después la célebre revista *Casa de las Américas*, lo publica en La Habana bajo el título “Bolivia. Crecimiento de la idea nacional”, acaso siguiendo una suerte de persecución de un nombre. Las sustituciones y variaciones del título desembocaron en “crecimiento” donde antes decía “desarrollo”, para finalmente dar paso a *La formación de...* (según la edición de 1990); Si bien cambios atribuibles al juicio de un editor (véase Mendoza Pizarro, 1990) pertenecen al ciclo pequeño del documento, éstos también delatan las muchas variantes de interpretación, que tienen más de un *fondo de sentido social*, aunque el circuito de lectura sea un área geográfica delimitada. Desde mi punto de vista acerca del par “conciencia nacional” o “idea nacional”, por no referirme al par “crecimiento-desarrollo”, optaría por el término “idea”, en tanto refiere a un tipo de representación o imaginario colectivo en pugna.

Este libro de ZM tiene ciertas semejanzas con la propuesta central de otra obra clásica: *Comunidades imaginadas* (Anderson, 1993 [1983]). Sin embargo, antes de la cercanía habrá que reiterar algunos de los matices que ofreció el historiador británico al destacar, por un lado, el carácter modular de la definición de nación como “comunidad política imaginada

3 Dicha tendencia se registra hoy como el “giro espacial” de la teoría social, que engloba obras de diferente perfil disciplinario, como la sociología, la historia, la geografía; de diferente composición: estudios culturales, estudios regionales y urbanos, o bien distinciones en el orden de la gramática argumental. Entre una larga lista, destaco del ámbito británico las obras de Giddens, 1955 [1984] y de Derek y Urry (eds.), 1985; del estadounidense las obras de Soja, 1989; Fabian, 1983; Smith, 1990 y Jameson, 1991. En especial el libro de Jameson, antes publicado como artículo de revista, suscitó la publicación de unos 50 artículos de “espacialistas” en geografía.

(...) limitada y soberana”, y acto seguido, la creciente multiplicidad de distinciones entre unas y otras naciones conforme “[al] estilo en que son imaginadas”, las cuales aparecen en su “Introducción” a la segunda edición (1993 [1983]:24)⁴.

Algunas de las principales –y aceptables– críticas al clásico de Anderson han consistido en destacar que:

- a) La construcción cultural de dicha identidad colectiva prescinde de las relaciones de desigualdad reales, de las luchas que de esto derivan y de los conflictos por la hegemonía de consensos;
- b) La realización efectiva de una “comunidad imaginada” en la escala equivalente a una nación (con límites) omite la dimensión del poder y la eficacia de discursos y prácticas fundacionales del ciudadano-sujeto a un régimen civilizatorio y a una cultura escrituraria (por tanto excluye grupos e individuos no ajustados a este orden).

A pesar de lo anterior, suponemos que en la distinción de estilos de imaginar quedan implícitas las múltiples contingencias de la construcción nacional, además de las variaciones históricas y geográficas de tales “estilos”. Desde esa perspectiva modular –a la que el mismo Anderson se refirió–, el constructo-nación en *La formación de la conciencia nacional*, que cabalmente toma por periodo un “largo siglo XIX”, se impone como un hecho violento de consecuencias culturales. Más que seguir la pauta del lento circuito de cultura impresa, mediante la cual los habitantes de un territorio delimitado suponen la existencia de *otros*: una mayoría de cohabitantes de una misma administración y territorio (compatriotas) a quienes quizá no se vería, ni de quienes se oíría hablar jamás (p. 23), como da cuenta Fernando Unzueta en su artículo “Periódicos y formación nacional. Bolivia en sus primeros años” (2000), tal proceso habría sido relativamente cubierto a través de una variedad de dispositivos de “espaciamento de lo nacional”, acordes al proyecto oligárquico liberal. Durante la primera mitad del siglo IX se expanden algunos productos culturales masivos, tales como periódicos y otro tipo de impresos que intervinieron efectivamente en la naturalización de la relación interior/

4 Tomo la edición en español del Fondo de Cultura Económica que apareció en 1993 y es una traducción de la segunda edición revisada inglesa de 1991. Tras el impacto de la primera, que data de 1983, esta segunda es la más ampliamente difundida. Existe otra versión traducida a la “Introducción” publicada en Bolivia (véase Anderson, 1992:75-82). En adelante ya que remito a la misma referencia (Anderson, 1993 [1983]) cito únicamente la página.

exterior demarcando lo propio-nacional de la extranjería-ajena (Unzueta, 2000:59). Habría que agregar que hacia adentro este dispositivo operaría normalizando las segregaciones espaciales del afuera en el adentro, dando por resultado varios espacios de afueras/indios y sus equivalencias, separados del espacio adentro/criollo-mestizo.

En la obra que comentamos, los linderos del siglo XIX cumplen la función de desplazarse en pequeños cortes temporales hasta signar el siglo XX con la revolución del '52. Uno de los bloques temporarios cortos, pero altamente señero, está dado por la identificación del tiempo de guerra como reconocimiento de *comunalidad*. Valiéndome del nombre que ZM dio al segundo capítulo, “Guerra de los soldados desnudos” (1990 [1967]:41), para referirse al periodo de la guerra librada entre Bolivia y Paraguay (1932-1935) por la posesión del Chaco boreal –zona limítrofe supuestamente rica en yacimientos de petróleo–, en el siguiente apartado me referiré a este hecho social en el que el reconocimiento colectivo aparece como un “entre-medio” en el momento de crisis.

El vocablo *crisis* frecuentó los textos zavaletianos. Sin duda, no había un sustituto capaz de condensar en sí momentos fundantes de la historia boliviana acontecidos en la segunda mitad del siglo XX. En su definición más conspicua:

“[I]a crisis es la forma de la unidad patética de lo diverso así como el mercado es la concurrencia rutinaria de lo diverso. [Ella] no sólo revela lo que hay de nacional en Bolivia sino que es en sí misma un acontecimiento nacionalizador: los tiempos diversos se alteran con su irrupción (...) ni tú ni yo somos los mismos después de la batalla de Nanawa; Nanawa es lo que hay de común entre tú y yo (...)” (Zavaleta, 1983:18-19).

En esta famosa cita, que Zavaleta Mercado cierra con la frase “Tal es el principio de una intersubjetividad”, en una clara alusión a la concepción habermasiana, se efectúa una franca renovación de los conceptos puestos en juego cuando se remitía al tiempo de guerra descrito antes como “convivencia militar”, y pasando a resignificar este encuentro de diversos grupos como momento de “conciencia colectiva” (Zavaleta, 1990 [1967]:42). La descripción del mismo corte temporal bajo diferentes términos sugiere dos tipos de consecuencias culturales: por una parte, cuando la guerra se toma como “...*momento clave* –‘constitutivo’– *de la intersubjetividad social que, más adelante, motivará la Revolución*

Nacional del '52” (según subraya en este libro Luis H. Antezana). Esa intersubjetividad se significa como el reconocimiento de una pérdida común, que cobrará sentidos diversos en los distintos grupos sociales de acuerdo con la parte que les tocó librar; por la otra, cuando la misma guerra toma un particular nombre dentro de un área indeterminada chaqueña, el *locus* de una batalla sangrienta se convierte en activador de la memoria colectiva a partir de remover un *pathos* boliviano, relativamente unido. De manera que, con independencia de las particularidades étnico-culturales, de género, de clase etc., la Guerra del Chaco ha producido un espacio simbólicamente compartido (y un solo momento de la composición de lo nacional).

Siguiendo la definición de fondo empleada por Anderson, según la cual “*la esencia de una nación está en que todos los individuos tengan muchas cosas en común y también que todos hayan olvidado muchas cosas*” (Ernest Renan, 1882, citado por Anderson, 1993 [1983]: p. 23), podríamos afirmar que en la conformación de una *idea de nación* (o proyecto de) participan tanto: a) las cronotopías de luchas sociales y su composición, también plasmadas en los relatos originados en situaciones colectivamente vividas, como b) las propias memorias, registradas y/o transmitidas, de los espacios vividos como “lugares”, esto es, sobre-determinados en la forma de un *allí donde hay un allí*⁵, y c) los discursos, dispositivos y recursos de distinta índole confrontados en torno al afinamiento de algún proyecto protonacional.



Hasta aquí hemos atendido una consecuencia del complejo impacto cultural de la construcción de la nación (o protonación), poniendo en juego dispositivos representacionales y de memoria. Enseguida pretendo hacer lo propio con los de *colonización territorial*, que van desde la ocupación y conquista física del territorio hasta la apropiación de éste en

5 Con este enunciado evocó la cita “no hay un allí, allí” de la escritora Gertrude Stein (1874-1946) que insertó Benedict Anderson en su libro para oponer esta imagen de un espacio vacío, sin connotaciones simbólico-culturales e históricas, a su noción de comunidades nacionales tomadas como territorios colonizados y domesticados como parte de un proyecto de Estado-nación que en el caso boliviano, como en otros, emergió del conflicto de varios proyectos protonacionales, definiéndose por un largo período la predominante visión de país oligárquico liberal.

forma de datos e información consignada, y mediante su poblamiento, pasando por la reproducción de imágenes de la tierra y la naturaleza, la difusión de crónicas de viajes y exploraciones científicas (Unzueta, 2000:60 y ss.).

Para el caso boliviano existe una vasta producción de estudios al respecto, por lo que sólo reiteraría que la proyección geográfica de la elite oligárquica o liberal se evidenció con la temprana cientificación de las representaciones espaciales dominantes mediante *técnicas de representación y observación* aceptadas: además de las cartografías, crónicas, diarios, cartas, dibujos, postales y fotografías. Entre esas representaciones del espacio sobresalen *las miradas* registradas durante las travesías por la América meridional (1826-1834) de científicos como las del naturalista francés Alcide d'Orbigny, publicadas en el país de origen en nueve tomos, bajo el título de *Voyages dans l'Amérique méridionale* (1835-1847) (*Viajes a la América Meridional*) y especialmente sus incursiones en Bolivia entre 1830-1833, auspiciadas por el presidente Andrés de Santa Cruz (1794-1865)⁶, de las que derivaron documentos gráficos, ya sean los dibujos en que d'Orbigny capta *su* imagen del indio integrado al paisaje, o la carta general de Bolivia de 1839, dedicada a Santa Cruz, *autorizada* por el discurso científico:

“[Esta carta] debe ser considerada como una base más o menos exacta para la formación del mapa de Bolivia por proceder de una eminencia científica que ha visitado gran parte del territorio” (Abecia, 1898:60).

La clausura de un espacio territorial provino tanto de la puesta en práctica de un ideario de colonización de las elites gobernantes y dominantes durante la instauración de la república, como de la conformación de un ideario nacional.

Sin embargo, el libro de ZM cierra el siglo XIX y deja al descubierto el impacto de esta clausura en los procesos de efectuación histórica posteriores a este tiempo de guerra. En resumen:

1) La contienda por el Chaco (cuyos yacimientos principales descansan desde 1938 en el lado boliviano, aunque su explotación no resultase tan rica), tuvo por efecto la emergencia del “sentimiento de fracaso”: en

6 Nos referimos, por supuesto, al segundo periodo de gobierno (1829 y 1839). Para dar cuenta de *las miradas* que el científico viajero motivó, véase la excelente recopilación de las visiones bolivianas sobre d'Orbigny en Arze, 2002. Agradezco a Luis Tapia la recomendación de esta obra.

aquella frontera las elites se autoconfrontaron, al toparse con la brecha entre su representación geográfica (el país como mapa) y el espacio territorial representado (el país como poblamiento histórico, o nación). Ese abismo constataba la tarea, aún pendiente, registrada bajo la célebre consigna “gobernar es poblar”, de Domingo Faustino Sarmiento a mitad del siglo XIX. Ese vacío del simbólico colectivo se traslada como la resignificación dada por la oligarquía minera y su *rosca*⁷: “*la victoria de esta guerra (...) significaba reivindicar los territorios de un mapa vacío de realidad (...)*”. (Zavaleta, 1990 [1967]:48)⁸.

Lo anterior dejó en claro (en cuanto no hubo correspondencia entre una representación de país y el país representado, el país histórico que tiene por componente simbólico central la idea de nación) el eslabonamiento de la oligarquía con el exterior, responsable de la extracción de su propia riqueza, de las exportaciones y de las transferencias económicas hacia los centros capitalistas mundiales geográficamente ubicados en el Arco del Atlántico norte.

A su vez, la Guerra del Chaco, guerra de linderos (físicos), no significó tanto la expresión última, intensificada por la mutua violencia, de las relaciones entre dos vecinos, sino la confirmación práctica y vívida de la *frontera social*. En otras palabras, antes que un límite geométri-

7 Para entender el término, nada como la célebre definición ofrecida por el intelectual y excombatiente de la guerra, Augusto Céspedes (1904-1997), en “La guía autocrítica para el lector”, escrita en 1956 para la publicación de su libro *El dictador suicida* (cito aquí la tercera edición): “*Oligarquía, plutocracia, rosca, son términos frecuentemente empleados en el presente relato, como sinónimos. Pero la palabra clave es rosca, neologismo o americanismo de patente boliviana en el que se clasificó desde 1930 al grupo de nativos y extranjeros que, desde dentro del país, ayudaba al Superestado minero para que lo despojara, a cambio de tener empleos y manejar ciertos negocios (...). La singularidad de la Rosca boliviana consistió en la escasez de disponibilidades financieras y éticas que le cedía el Superestado*”. Mientras que la oligarquía minero-explotadora se sintetizaba en tres apellidos: Patiño, Aramayo y Rotschild, su poder para usufructuar del Estado y sus burocracias “*minorías (...)* en función rotativa”, sus limitaciones y visiones volcadas hacia afuera, la degradaron a “Rosca deprimida de una nación minera” (Céspedes, 1979:9; énfasis original).

8 ZM, por su parte, que recurrió a la terminología crítica de la época, representada por intelectuales y políticos “nacional-revolucionarios” –como el mismo Céspedes y el escritor y periodista, Carlos Montenegro (1903-1953)–, adhirió mayores matices a la noción de “Superestado oligárquico” de acuerdo con las formaciones histórico estatales, de manera que la idea de una forma estatal sobrepuesta a la base económica minero-exportadora cedió paso a precisiones conceptuales que referían al Estado oligárquico como “calco malo” o “semiforma estatal” (Zavaleta, 1990 [1967]:117; sobre los dos intelectuales véase Rodas, 2005 y Gil, 2005, en este mismo libro).

camente definido, antes que un mero hecho espacial, “la frontera es un hecho sociológico que se forma espacialmente” (Simmel, 1986 [1908]), y su importancia está signada por las modalidades de interacción que se gestan a un lado y otro de la misma. A lo anterior nos gustaría agregar tres elementos de corte sociológico a la noción del espacio fronterizo como intersubjetividad, que ZM construye a partir de la particularidad sintomática de la aparición del Chaco.

Primero, como es conocido, el Chaco se transformó en *espacio inter-subjetivo*, donde la “*convivencia militar de grandes grupos (...) movilizadas*” permitió el reconocimiento, recíproco y de sí mismos, llevando al descubrimiento de “*la quanta y la quala del país humano*” (Zavaleta, 1990 [1967]:49)⁹. Esto remite a la composición del país, a su estructura clasista, a la centralidad obrera, a su estratificación social –con líneas divisorias socioculturales– a una mayoría indígena, por tanto, a identificaciones colectivas.

En segundo lugar, el Chaco también dio con *una forma socio-espacial* donde confluyeron los anteriores mecanismos identitarios como un tipo de identificaciones personales que marcarían peculiarmente la dimensión cultural de la frontera (el “hecho sociológico”) al añadir una mirada emotiva correlativa a la experiencia de la muerte: sufrimiento, dolor, pérdida, miedo, resentimiento, apego, amor, rencor, vejación, odio, entre otras, condensaron el arco emotivo del tiempo de guerra.

Tras el fin de la contienda, dicho componente emocional se complejiza al entrecruzarse con otros sentimientos y sensaciones como “la frustración”, “el desprecio” –continuamente referidas por ZM– y que para el caso se asociaron a la necesidad colectiva de compensación, manifiesta en el reclamo de “explicaciones”; a la atribución colectiva de la culpa y a la superposición de éstas dentro de la larga cadena de vejaciones, maltrato y exclusiones que se padecen teniendo finalmente encuentro en la configuración de “subalternidad”. Aunque vuelvo más adelante al tema del papel de lo emotivo, *grosso modo*, en la obra de ZM las implicaciones de este arco de emociones en las identidades colectivas e individuales son evidentes, y obviamente su impacto en la constitución del subalterno, que ha padecido “en carne propia” diversos constreñimientos o que los ha compartido, integrándose como experiencias (vividas o no) en sus biografías personales, en todo lo que se recuerda y también en lo que se

9 Dado que las referencias vienen de un mismo libro se usa, en adelante, únicamente el número de página.

olvida (véase Scott, 2000 [1990]). Al comenzar el capítulo sexto de *La formación de la conciencia nacional*, dedicado al momento decadente de la oligarquía, en alusión a “la frustración” y consecuentemente a la compensación, ZM logró dibujar el paisaje urbano y el ambiente cultural de la posguerra (además de que con ello participó de la narrativa literaria boliviana que capturaba esos sentidos e imágenes sociales) cuando describe las reacciones posteriores como “negación” por parte de los oficiales del ejército boliviano, vituperados como “pierdeguerras”, la cual “devuelve las inculpaciones negando el poder civil, que era de las oligarquías” (p. 115).

Un tercer elemento sociológico (espacial) sería aquel por el que *la ciudad* pasa a ocupar su lugar eminentemente moderno como “espacio público”. Las ciudades, principalmente La Paz, invierten su posición subordinada frente a otro tipo de construcción espacial, como la del eje económico minero-exportador. ZM enfoca esa nueva constitución espacial vía desplazamiento diciendo: “[L]a ira de las ciudades se convirtió en la práctica de las inquisiciones económicas, de la vigilancia política y de las exégesis sociales” (p. 115). Asimismo ZM otorga ese rasgo eminentemente moderno y políticamente sintetizado en las prácticas de afirmación del “derecho a la ciudad” (usando la conocida fórmula de Henri Lefebvre) cuando sigue uno a uno los pasos y acciones desplegadas por la revolución nacionalista y la lógica espacial de su movimiento (impulsado por el MNR y sus letrados; los mineros y otros grupos subalternos auto-identificados en la canción “emenerrista” como “hordas que no se lavan” (p. 127)¹⁰. Las acciones del nacionalismo revolucionario se aglutinaron prácticamente dentro de lo que se llama una “política espacial” (otra vez, empleo la matriz lefebvriana), primero en la modalidad de “táctica de ocupación territorial”, entre 1949-1951, y mediante la vía electoral, que fracasa al haber obtenido sólo triunfos electorales parciales, mas no de alcance nacional, en distritos mineros remotos y departamentos del país, en el contexto de la democracia restringida y “huayra-leva”¹¹; después,

10 Luis H. Antezana cita esta frase de ZM en su interesante prólogo a *Literatura contemporánea y grotesco en Bolivia* de Javier Sanjinés (véase Antezana, 1992:17).

11 Además de haber empleado esta palabra híbrida quechua y español en el libro que seguimos (Zavaleta, p. 115), en “Las masas en noviembre” explica el uso de “democracia huayra-leva” democracia restringida pre ‘52 aclarando su sentido “*Criollismo, utilizado en el diario La Calle [órgano del MNR], ridiculiza aquella democracia restringida a la órbita de los caballeros. Huayraleva: leva al viento (...)*” (Zavaleta, 1983:42 y n. p.); en tanto, Montenegro y Céspedes, entre otros, recurrieron a tal

y en un segundo momento, la política espacialmente desplegada llegó a probar una “*táctica de territorialización*” –también poco fructífera– vía la marcha caminante llevada a cabo por los movimientistas, a la manera de un “ascenso”, desde la frontera argentina hacia el centro urbano; y finalmente se llegó a la elección de la rápida “*táctica de la toma de la ciudad*”, vía la batalla generalizada durante tres días a partir del 9 de abril de 1952, librada “*de Villa Victoria a Miraflores, y desde Achicala y El Alto a Sopocachi (...) en los techos, en las ventanas, en las colinas, desde las posiciones más inverosímiles*” (p. 120).

2) Otro modo de clausurar el siglo XIX está dado por la resonancia de la frontera del Chaco (1932-1935) como *constitución de la nación*, porque para ZM de la guerra derivaría un sentido de “lo boliviano”, por encima del de ciudadanía. El sentimiento de pertenencia de la nacionalidad no resumió una idea de nación (en su proyección como espacio más o menos homogéneo), por el contrario, lo boliviano surgió en la modalidad identificatoria de la diversidad y la diferencia. Cada grupo social practicó y ocupó la frontera a partir de su condición social y su memoria colectiva: los mineros protagonizando su misión nacional; los indígenas, en mayor número quechuas y aymaras, constituyendo la masa del ejército y/o el archipiélago de comunidades proveedoras de suministros alimentarios; las mujeres, que pasaron de recolectoras a obreras de corazón de mina. Así, sucesivamente y de modo radical, el conjunto de la sociedad boliviana se cimbró profundamente, removiéndose el orden social por completo.

La guerra fue el espejo de los diferentes grupos sociales. Desde el lado del poder, la oligarquía encara su incompetencia, pese a la interpelación nacionalista con que administró el temor a una invasión extranjera (paraguaya) y a una potencial separación oriental-cruceña. Junto con ello, desarrolló la campaña para convertir a cada hombre en un soldado investido por la disyuntiva “Patria o muerte”. Todo esto se anexó en la economía moral que el Estado pretendió usufructuar para establecer sus códigos en aquel territorio –antes despoblado (García Pabón, 1998:162).

Para redondear las ideas expresadas en este apartado, retomo la cuestión de la “crisis”, ubicada como núcleo duro de consecuencias revolucio-

descripción desde dicho diario, el segundo empleó sus propios descriptores socio-culturales, al definirla: “*En un país de indios y mestizos, la minoría letrada (...) sólo creyó sinceramente en un su democracia para hacendados, abogados y banqueros, o sea, en el gobierno de los huayra-levas, con exclusión de cholos y de indios*” (Céspedes, 1979:46, énfasis original).

narias posteriores y en su doble carácter de *crisis como “síntoma”* (Žižek, 1992 [1989]:37 y ss.) y *crisis como metáfora*¹² de la sociedad boliviana. La aparición de ambas, síntoma/metáfora, se ejemplificaría muy bien a través del capítulo intitulado “La guerra de los soldados desnudos”. Ahí la guerra aparece con el doble significado simultáneo: como condensación de memorias y tiempos sociales, en el hecho de la crisis, y como espacio compartido, en el hecho social de frontera.

Cabe agregar un tercer complemento sintomático-metafórico que se da en el *campo* de batalla, en cuanto extensión última de lo político, donde los cuerpos humanos ante la muerte son “reducido[s] a nuda vida (...)” (Agamben, 2001 [1996]:102). Lo que implica la “nuda vida”, siguiendo a Agamben, es el malbaratamiento de los cuerpos por efecto de una operación política que en su práctica termina borrando las diferencias. En otras palabras, en estados de excepción y situaciones límite los cuerpos-soldados-desnudos aparecen como el último reducto existencial: se reducen a meras vidas biológicas (*bios*) separados de la vida política (*zoé*). De manera cercana a la expulsión a un *campo*, el hecho de esta vivencia abrupta y contundente de indiferenciación significa que:

“[el] cuerpo biológico privado se ha hecho indistinguible [del] cuerpo político, que experiencias [antes o potencialmente] políticas [como la dimensión ciudadana] hayan quedado [o queden] confinadas improvisadamente en [el] cuerpo biológico y que experiencias privadas se presenten de golpe fuera de nosotros en tanto que cuerpo político” (Agamben, 2001 [1996]:115).

Esta indiferenciación extrema el efecto de una externalidad: la decisión de combatir por un país que aún no se vive como nación pudo emerger con la realización de lo político y la organización social que desembocaría en la Revolución de Abril; pero signada por las ambivalencias, la experiencia difusa del soldado desnudo (cuerpo viviente) en la de ciudadano-boliviano (cuerpo político) pudo surgir a través de otras crisis o “unidades patéticas de lo diverso” (en las que aún repitiéndose la opacidad de esta indistinción) se parte paradójicamente “(...) para

12 Cuando un espacio (en este caso el espacio-nación, sus límites, volúmenes y formas) contiene las más variadas sobredeterminaciones hablaríamos de la conjunción de metáfora y síntoma: condensación de imaginarios e imágenes sociales. Tomo la definición de metáfora de Norris, 2002 [1996].

encontrar el camino de otra política, de otro cuerpo, de otra palabra” (Agamben, 2001 [1996]:116).

— III —

Aunque en ocasiones el propio Zavaleta Mercado separó la dimensión emocional de la lógica de la política, existen tramas y entramados donde *pathos* (sentimientos, emociones y afecciones colectivas) que vertebran las significaciones culturales de los “bloques temporales” elegidos por ZM para elaborar sus análisis históricos y políticos de la realidad social boliviana.

Si desconoció con claridad ciertas emociones negativas, en específico el rencor como un tipo de energía capaz de conocimiento social de los sujetos políticos, existe un *continuum* de reflexión-emotiva cuando la historia vivida se acopla con su *pathos* personal. En la obra que comentamos —escrita, como mencionamos, en el exilio uruguayo tras soportar un peculiar destierro, aquél que sufre el ciudadano dentro de su *polis*, la evacuación forzosa a Madidi, un remoto lugar en las exuberantes tierras del departamento del Beni— Zavaleta Mercado superó la propia experiencia del destierro al “no-lugar”, al espacio vacío de derechos, o sitio donde se impone el derecho del poder sobre la vida del individuo. Este hecho, que se concatenó con la amarga experiencia latinoamericana de las desapariciones masivas y/o selectivas durante los tiempos aciagos de las dictaduras, ha sido, en ocasiones, comparado con los mecanismos racionales que aplicó el nazismo en forma de políticas de exterminio y erradicación del *otro*.

El símil de la implantación de campos de concentración (véase Sala, 2004) no es en manera alguna una sobrecalificación. Si después del golpe de Estado del 4 de noviembre de 1964 Zavaleta Mercado completó *La formación de...* como si ésta cumpliera las veces de un pedazo de terreno paulatinamente poblado con personajes colectivos e individuales, con ciertas voces y situaciones históricas, con las obras y figuras de la narrativa y la poesía nacional, con todos los componentes que corolaron esta obra, acaso influyó en algo la exclusión en *terra incognita*. El ingreso a un *campo* se ha dado —y no hay que repetir— “*por lo que la persona tiene de más privado, su cuerpo biológico*”. Según Agamben, el *campo* cumple su parte como “lugar inaugural de la modernidad” porque allí “el habitante” es “una persona absolutamente privada” [y] sin embargo [un lugar] en que no hay un instante [para] encontrar refugio (Agamben, 2001[1996]:101-102).

Allí es un sobredeterminado allí, un espacio histórico y poblado desde la estrategia más racional que reconfigura y penetra el territorio con la óptica del conquistador. Si habríamos de decir que ZM no vislumbró el alcance de éstas y otras tramas de exclusión-inclusión sociales, procesos que como la cabeza de Jano muestran la doble faz de la ambivalencia moderna, justo es decir también que un fondo de sentido vivido aparecía como telón de sus escritos: “tiempos aciagos”, decía al calificar la época de las dictaduras de los años setentas, a la vez que refiriéndose a la eliminación del “Che” Guevara y la guerrilla de Ñancahuasu [*sic*] como el fracaso de un núcleo (en el caso, foco) político que no pudo convertir su programa en el de toda la nación, y esto no era un error, era el defecto que comprometió su sobrevivencia. (Zavaleta, 1984 [1977]:42)

— IV —

No hubo ninguna concesión a la teoría “foquista” de la revolución. Aunque Zavaleta Mercado puso por delante las potencialidades prácticas y democráticas de las multitudes como sujetos políticos, que producen su saber particular a lo largo de su lucha constituyente y que generan sus marcos de acción política a partir de la autocomprensión del curso de su lucha y del conocimiento social producido, las concepciones de multitud y masa contuvieron un ingrediente emotivo, no siempre separado (a la moderna) de la política como construcción consciente. En el mismo artículo citado, decía:

“Si la revolución es una catástrofe en la que las masas tienen la iniciativa, esto no puede significar que los hechos colectivos comiencen desde el principio como algo en lo que ya participe toda la colectividad o la masa. [Los hechos colectivos] son siempre núcleos o focos (el término no es tan absurdo) lo que manifiestan en una primera hora determinadas compulsiones latentes (ocultas acaso o secretas, pero que serán poderosas) de la colectividad” (Zavaleta, 1984 [1977]:40).

Se sabe que las gestas sociales que ZM testificó y analizó guardaban una forma colectivista y en Bolivia, una proyección revolucionaria. Cuando hubo que determinar el papel del movimiento obrero sindicalizado –permítanme la conjugación– ZM los “corporizaba”; eran cuerpos sociales en movimiento que en una suerte de despliegue coreográfico

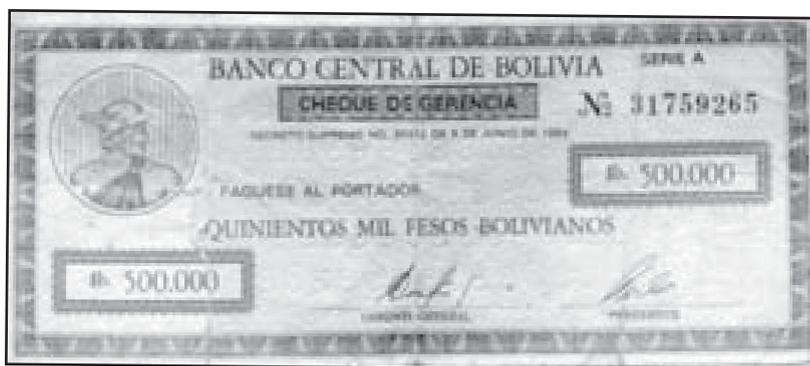
delataban determinadas fuerzas, energías, sentimientos y emociones. Así se dieron las acciones colectivas por la defensa popular y democrática contra los regímenes militares, las luchas por los derechos a la dignidad y a la vida como quedaron registradas a nivel regional y mundial, entre otras varias, las masacres de mineras de San Juan en 1965 o las huelgas de hambre en nombre de los derechos humanos a lo largo de la década siguiente. En esos casos, repito, el componente emotivo quedó al margen de la reflexión sobre el hecho colectivo –no al margen de la acción colectiva– puesto que lo que se imponía descubrir era la intensidad de la lucha política librada y la predominancia de los fines primordialmente políticos de la búsqueda del poder institucional o la reproducción de la hegemonía cultural y política (y por fines incluyo la historicidad de los sujetos políticos, en otras palabras, los objetivos de cambio societal o de algún tipo de transformación).

Los periodos de democracias latinoamericanas de casi ya dos décadas, por obvias razones, no formaron parte de su análisis. Así, dilemas tan vivos concentrados en las denominadas “crisis de la representatividad” de los sistemas políticos democráticos, basados en el derecho procedimental y en el establecimiento de reglas de juego de procesos electorales “transparentes” y consensualmente válidos, rebasan el cauce interpretativo de la obra zavaletiana en lo que corresponde al horizonte de la político (no a la dimensión de lo político, por supuesto).

Lo que al iniciar los años ochentas se vivió como el término de los regímenes sangrientos de las dictaduras –mediante la primera modalidad de coalición partidaria del naciente sistema político democrático en Bolivia, el gobierno de la Unidad Democrática Popular (UDP) de 1982-1985¹³– fracturó pronto las primeras lecturas en clave de transición al convertirse en el periodo de debacle económica e hiperinflación. Dicha situación fue interpretada en parte como el “costo” de los “desgobiernos militares” de los setentas (y sin equivocación, dados los altos endeudamientos a los que recurrieron gobiernos como el de Hugo Bánzer, y las complicidades y protecciones a las grandes corporaciones ilegales del narcotráfico), que pasaron una alta factura a la construcción de

13 Gobierno encabezado por Hernán Siles Suazo, electo el 10 de octubre de 1982, con una alianza inestable e intermitente con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el entonces Partido Comunista de Bolivia (PCB), y una dirigencia de socialistas, comunistas, miristas y sindicalistas, de reciente retorno de los exilios de la década anterior y con un discurso político fabricado en la experiencia de la diáspora con poca raigambre en la sociedad local (véase Yacksic y Tapia, 1997:57).

las democracias sudamericanas y, en el caso particular, en un marco de sobresaturación de expectativas sociales, de reivindicaciones políticas, económicas y sociales, por ejemplo del sector minero (por la coestión de la principal empresa estatal) o del campesino (por mejoras a la política de comercialización agropecuaria), que llevaron al quiebre de la UDP en 1985¹⁴ y al resultado paradójico de un gobierno representativo de sectores democrático nacionalistas, pero beneficiario de los sectores económico-financieros y generador de una inseguridad colectiva (véase Yaksic y Tapia, 1997).



Billete de 500.000 pesos bolivianos del año 1984.

Todo lo que se denomina “era neoliberal”, constituida en micro y pauta a pauta en este país, que se acompañara de una cultura globalizante de la ventaja competitiva y de la ilusión de “un hombre [sic], un voto (...)” como “lógica de representación”, es válida como derecho mínimo (Zavaleta, 1983:45)¹⁵. En este sentido, la famosa sentencia de ZM, en mucho modificada, acerca de la dificultad de amalgamar esta forma

14 Signos inequívocos de esa crisis fue la inoperancia de la política económica que condujo, en aquel año, a la legendaria hiperinflación del 8,168 por ciento y a un tipo de cambio de 451,057 pesos bolivianos por dólar estadounidense.

15 La cita de ZM se ligaba a la formulación según la cual donde la democratización real –desde finales de 1960– se concentraba en “puntos perentorios”: La Paz, Cochabamba y Santa Cruz, dos o tres centros de concentración campesina y en los distritos mineros; y por tanto esa condición real calificaba -determinaba- la validez de la forma representativa democrática (Zavaleta (comp.) 1983:45).

de democracia en un lugar donde los hombres (decía), los ciudadanos (decimos) no son iguales al mínimo, llega a acoplarse muy bien con la experiencia histórica reciente.

En las sociedades democratizadas de la región, donde la base mínima de reconocimiento político y cultural ha sido establecida mediante reformas constitucionales que asumen, con todas las reservas particulares, una identidad colectiva pluriétnica y multicultural¹⁶, la práctica política y electoral (o la alternancia en el énfasis de uno y otro) por parte de los sectores sociales se ha convertido en un “artefacto” de organizaciones urbano-populares, campesino-indígenas, de trabajadores y demás, que se pone en uso de acuerdo con modalidades de la acción colectiva, sea en visibles movilizaciones que acceden al espacio público –conforme al típico mecanismo de presencia de las revueltas y protestas urbanas cuando se dio en llamar “clases peligrosas” a las masas empobrecidas de las ciudades–, o sea mediante la formalización de la personalidad jurídico-electoral de los movimientos y organizaciones sociales.

De estas modalidades políticas, y en especial de las energías de las movilizaciones de cuerpos sociales, surgen muchas cuestiones que pueden hilvanarse desde la reflexión zavaletiana, con consecuentes trastocamientos y actualizaciones. A modo de inquietud inicial, una cuestión que en mi opinión demanda nuestra atención es el rompimiento de un dualismo que, pese a la más vivaz crítica, conserva sus tintes reduccionistas. No es posible separar los momentos de irrupción activa en escena, que linda con la violencia callejera de las multitudes, de los mecanismos que están incidiendo en “su toma de conciencia” o mejor, en el imperativo práctico de una ciudadanía que sale a las calles. Separar la acción social colectiva del arco emotivo que constituye la propia “forma multitud” es un recurso de externalidad reflexiva de quien mira desde fuera. Y de esta manera se repiten las clasificaciones en boga a principios del siglo XIX según las cuales las manifestaciones violentas de las masas se entendían a partir de dos únicas emociones: “el miedo” y “el resentimiento”. Dar cuenta ahora de un amplio y numeroso *arco emotivo de las multitudes* –que por supuesto también rebasa la díada de “la ira” y “la frustración”, y que acompaña la experiencia de vivir siempre lo mismo–, es un elemento indispensable para comprender no sólo las fuerzas que movilizan y orientan las acciones colectivas, sino también comprender las diferentes

16 Cambios jurídico-políticos introducidos en quince países latinoamericanos durante la década de los '90 que, con diferente tesitura, reconocen los derechos colectivos de los grupos originarios.

emociones –técnicamente denominadas “expectativas”– que remueven las campañas electorales, sin dejar de lado el espectro de sentimientos producidos alrededor del “miedo” que sustentan una configuración socio-cultural de época y vertebran también discursos y políticas conservadores acerca del Estado intervencionista e intrusivo.

En Zavaleta Mercado no fueron ajenas las frecuentes alusiones a las condiciones de existencia y vida, que llegando a rebasar ciertos umbrales se traducen en un “malestar” más o menos generalizado, y en momentos de crisis cobijan la efervescencia de las masas. Hacia finales de los años sesentas, ZM recurrió a “la cólera de los mineros” (1965)¹⁷ para intitular su colaboración en un semanario uruguayo desde donde analizaba la ofensiva militar contra el sindicalismo obrero que en aquel año tuvo entre los acontecimientos más trágicos “la masacre de San Juan” que consumó la ocupación del campamento minero Llalagua-Siglo XX, en mayo de 1965. A la cólera provocada durante y tras la ocupación por las tropas, siguieron la solidaridad y la protesta mostradas por unas treinta mil personas que enterraron al casi centenar de muertos en la noche de San Juan –un número parcial debido a que el ejército desapareció muchos cuerpos– (Dunkerley, 2003:189). Dicha emoción, para Zavaleta, informaba al sujeto colectivo tanto cuanto porque el acontecimiento quedaría asimilado a la trayectoria de lucha por la defensa del sindicalismo minero, como porque ahí el duelo se asimilaría en una historia de la autodeterminación obrera. Lo importante en el contenido emocional de la acción colectiva (en tanto trayectoria e historia propias) fue que el enojo y el coraje movilizaron una postura moral frente a la masacre, y se deslizaron como una estructura afectiva que se conforma en conocimiento social y político. ZM articulaba series discontinuas de *pathos*, como en la célebre frase (recordada por Jorge Mansilla/Coco Manto en este libro) que da inicio a “Las masas en noviembre” (1983): “*El rencor sirve de poco. En realidad, no sirve de nada, o sea: el rencor no conoce ni aun cuando sea él mismo legítimo*” (1983:11).

Habrà que decir que al redactar este brillante estudio sobre la acción de masas, ZM subrayaba el poder específico de éstas en la defensa del espacio democrático (representativo) –eran, entonces, “masas” traducidas sin imposturas en “sociedad boliviana”– frente a otro certero golpe de Estado, en noviembre del año 1979, de Natusch Bush, y su prosecución en 1980, con el de García Mesa. En ese escrito, como en el conjunto

17 Agradezco a Alma Reyless el haberme facilitado una copia del artículo; citado también en Tapia, 2002:439.

de su obra, se incorporaron las categorías más originales para hablar e indicar de la diversidad latinoamericana, aquella peculiar hechura boliviana de tensiones, múltiples estratificaciones y exclusiones económicas, sociales, culturales y políticas, que se adjetivan como abigarradas; pero que también se sustentaron mediante la categoría de “formación social abigarrada”.

Si el abigarramiento alcanza a incluir la complejidad social con múltiples mecanismos de estratificación y procesos de inclusión-exclusión que derivan en la pauperización de agregados sociales y en los solitarios balances individuales del “arreglarse la vida como se pueda” con identificaciones colectivas contingentes (ni necesarias ni imposibles), entonces la categoría acuñada por ZM puede envolver los procesos sociales y políticos que crecieron, se multiplicaron y se fragmentaron en la sociedad boliviana a partir de 1985, dando origen a movimientos sociales, las más de las veces transformados en organizaciones dentro del sistema político presidencial-parlamentario y pluripartidista¹⁸; un sistema democrático que desde entonces dirimía la polisegmentación electoral a través de alianzas, coaliciones y concertaciones (de suma de minorías) partidarias, fórmula que pareciera haber encontrado su tope histórico en la contienda electoral del 2002. La renovación periódica del abanico partidario, acompasado por el ritmo de los procesos electorales desde el tránsito a la democracia en 1982, llevó a los especialistas a considerar una serie de factores que vinieron incidiendo en el debilitamiento del sistema de partidos en Bolivia. Sin embargo, lo que quizá habría de haberse caracterizado –aunque fuera de manera incipiente– era la inoperancia constitutiva de un sistema de partidos propenso a la autorreferencialidad que poco a poco fue articulando la democratización formal boliviana con el recambio eli-

18 Sistema que si bien inició con una tendencia predominante al tripartidismo mediante el nucleamiento de las coaliciones ya fuera con el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR, fundado en 1940), el otrora partido de oposición a las dictaduras de los setentas, el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR, 1971) y la formación partidaria gestada al término de la dictadura de Hugo Bánzer (1971-1978), Acción Democrática Nacionalista (ADN) y una plétora de organizaciones que han ocupado la escena política por periodos cortos, hasta la paradigmática incursión de una red de organismos y agrupaciones diversas entre las que destacan el nuevo abanico partidario de origen popular, campesino, indígena, etc. –para evitar mencionar otras expresiones– surgidas tras las elecciones del 2002, con el Movimiento Indígena Pachakuti (MIP) y el Movimiento al Socialismo (MAS) y que constituyen un escenario complejo al cual no puedo referirme aquí, no obstante su importancia central en cualquier interpretación del ciclo político latinoamericano de la primera década del siglo XXI.

tista de las organizaciones políticas tradicionales y reduciendo asimismo –por su conversión en un sistema de cierre– las probabilidades de una institucionalidad flexible dentro de un bloque temporal largo. De manera un tanto forzada podríamos decir que el criterio de la improbabilidad de acuerdos de largo plazo en la política, o complementariamente la alta probabilidad de desacuerdos, conduce y acelera el arribo a un “*fin de ciclo*”¹⁹ que en la coyuntura corta de los años 2003-2004 se posicionó (como tiempo) sobre una zona fronteriza (confusa y nebulosa) que desafía las potencialidades ciudadanas y populares asidas al poder de su efectua- ción política mediante el movimiento de cuerpos sociales (en la forma de acción colectiva multitudinaria). Por otro lado, la clausura de un ciclo que ocupa el campo de las decisiones políticas puede convertirse en el “alargamiento de la postergación y la dilación” cuando entra en el túnel de los compromisos y los balances gubernamentales de tipo disyuntivo: “de los males, el menor” o la “mejor opción” con independencia de las consecuencias (con todo y elaboración de escenarios prospectivos).

Cuando la democracia tal y como ha sido conocida está en juego, habría que hacer algo nada simple: depurar los discursos que hablan y siguen hablando en y desde la democracia pero al lado de la defensa, cueste lo que cueste, de un libertino mercado autorregulado. La reiteración discursiva es un recurso autorreproductivo que en la democracia (sea cuando se transitaba a su forma representativa o cuando sus cambios procedimentales se llamaron “consolidación”) le resta fuerza pues confunde el discurso democrático con un discurso, “‘autorándose’ y autorizándose mediante la supresión de toda huella que apunte a las fuentes de su enunciación” (Yúdice, 1992:214). El tipo de querellas de hoy, si bien dejan al descubierto la pretensión reiterativa de un mercado libertino a convertirse en fuente principal de enunciación, se entrampan en la clase de cuestiones perfiladas

19 Es evidente que el periodo 1982-2002 se constituye ya en un ciclo histórico sobre el que ya hay un cuantioso análisis, en el cual un bloque temporal señero está dado por el cogobierno del “Pacto de la Democracia” entre el partido de centro, Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), y el conservador, Acción Democrática Nacionalista (1985-1989), cuando se logró modificar de fondo la estructura del país. Es el tiempo de la reducción a su mínima expresión del ejército de productores mineros. Las medidas de *shock* como la reducción, casi total, de la Corporación Minera de Bolivia, principal empresa estatal, y el consecuente despido de más de veinte mil obreros (medida eufemísticamente denominada “política de relocalización”), no alcanzaron a vislumbrar cómo esos varios miles de biografías vitales truncadas, esos cuerpos relocalizados sujetos en forma de una cruz en las bardas que encierran el área y el edificio central, el MonoBlock de la UMSA, resignificarían la vida pública en su totalidad en unos 16 años después.

por ZM: en la medida en que por democratización digamos “sistemas de representación” y “órdenes procedimentales”, dos elementos requeridos en el proceso pero excedidos como mecanismos de mediación política, y en la medida en que sigan siendo marginales, laxos o ausentes los mecanismos de mediación cultural, se tensarán aún más las *diferencias* sociales-representación y seguiremos anclados en los insolubles y angustiosos dilemas del orden del país escindido que ZM puso frente a frente bajo las dos formas-país: uno constituido en términos topológicos, jurídicos y patrimonialistas, y otro en términos espaciales, históricos e identitarios (Zavaleta, 1986).

Para finalizar, no quiero concluir estas páginas “a propósito” de un cierto Zavaleta Mercado, sin dejar asentadas un par de confirmaciones: él no es una fuente de descubrimiento proveedora de imágenes y conceptos clarificadores, ni una fuente de enunciación autorizada, sino una obra que, cual memoria, aguarda para ser activada en esos momentos concentracionarios de sentidos indeterminados llamados crisis. Es asimismo un lugar, no exento de pátina, al que uno vuelve lleno de esperanza y entonces, como en el tango de Gardel, se regresa cantando: “... que veinte años no son nada”.

Ciudad de México, junio 2004
(Revisado y actualizado en julio de 2005).

Referencias bibliográficas

- ABECIA, Valentín (1898), “Sobre la obra d’Orbigny, ‘Voyages dan l’Amérique méridionale’”, en *Boletín de la Sociedad Geográfica*, La Paz, año 1, tomo I, núm. 4, 30 de abril.
- AGAMBEN, Giorgio (2001) [1996], “En este exilio. Diario italiano 1992-94”, en *Medios sin fin. Notas sobre la Política*, pp. 101-118.
- AGUILAR CAMÍN, Héctor (1984), “La utopía y las sirenas”, en *Nexos*, México, año VII, vol. 7, núm. 75, marzo, p. 5.
- AGUILUZ, Maya (1991), *Una lectura sociológica. El caso de un pensador boliviano. Carlos Medinaceli y su época*, tesis de grado, México D.F., FCPyS-UNAM.
- ANDERSON, Benedict (1992), “Comunidades imaginadas”, en *Autodeterminación*, La Paz, núm. 10, octubre, pp. 75-82.

- (1993), *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ANTEZANA, Luis H. (1992), “Prólogo”, Javier Sanjinés, *Op. Cit.*
- ARZE AGUIRRE, René D. (2002), *El naturalista francés Alcide d’Orbigny en la visión de los bolivianos*, La Paz, Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) / Embajada de Francia en Bolivia / Plural Editores.
- CÉSPEDES, Augusto (1979), *El dictador suicida (40 años de historia de Bolivia)*, La Paz, Editorial Juventud, 3ª ed.
- CANDAU, Joël (2002), *Antropología de la memoria*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- DEHEZA, Grace Ivana (2000), “¿Inestabilidad continua en el sistema de partidos en Bolivia? Los efectos de las leyes electorales”, en *Umbrales*, Revista de Posgrado en Ciencias del Desarrollo, La Paz, núm. 7, julio, pp. 133-149.
- DEREK, Gregory y URRY, John (1985), *Social relations and spatial structures*, Londres, MacMillan.
- DUNKERLEY, James (2003), “La larga noche”, en *Rebelión en las venas*, La Paz, Plural, 2ª ed. en español, pp. 155-197.
- FABIAN, Johanness (1983), *Time and the Other. How Anthropology makes its object*, Nueva York, Columbia University Press.
- GARCÍA PABÓN, Leonardo (1998), “Almas retóricas y una carta del Chaco en Aluvión de Fuego”, en *La patria íntima. Alegorías nacionales en la literatura y el cine boliviano*, La Paz, CESU-UMSS-Editorial Plural, pp. 248-262.
- GIDDENS, Anthony 1995 [1984], *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu.
- GIL, Mauricio (2005), “Zavaleta Mercado. Ensayo de biografía intelectual”, en este mismo volumen.
- JAMESON, Fredric (1991), *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Paidós.
- MATEOS MUÑOZ, Agustín (1981) [1966], *Compendio de etimologías grecolatinas del español*, México, Editorial Esfinge.
- MENDOZA PIZARRO, Ignacio (1990), “Presentación”, René Zavaleta Mercado (1990) [1967], *La formación de la conciencia nacional*, pp. 7-18. La Paz / Cochabamba, Los Amigos del Libro.

- NORRIS, Cristopher (2000) [1996] “Discurso”, en Michael Payne (comp.), *Diccionario de Cultura y Teoría Crítica*, Barcelona / Buenos Aires / México, Paidós.
- RODAS, Hugo (2005), “Narratividad autobiográfica y socialismo local”, en este mismo volumen.
- SALA, Lucía (2005), “René Zavaleta Mercado. Un hombre, un pensamiento, una época”, en este mismo volumen.
- SANJINÉS, Javier (1992), *Literatura contemporánea y grotesco social en Bolivia*, La Paz, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS)-Fundación.
- SCOTT, James, C. (2000) [1990], *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*, México, Ediciones Era.
- SIMMEL, Georg (1986) [1908], *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, Madrid, Alianza Editorial, vol. 1, cap. 9.
- SMITH, Neil (1990), *Uneven Development. Nature, Capital and the Production of Space*, Oxford-Cambridge, Basil Blackwell.
- SOJA, Edward W. (1989), *Postmodern Geographies: The reassertion of space in critical social theory*, Londres, Verso.
- UNZUETA, Fernando (2000), “Periódicos y formación nacional. Bolivia en sus primeros años”, en *Latin American Research Review*, vol. 35, núm. 2, pp. 35-72.
- WHITE, Hayden V., (1982) [1966], “El peso de la historia”, en *Nexos*, México, núm. 45, abril.
- YAKSIC, Fabián II y TAPIA, Luis (1997), *Bolivia. Modernizaciones empobrecedores desde su fundación a la desrevolución*, La Paz, Muela del Diablo Editores.
- YÚDICE, George (1992), “Testimonio y Concientización”, en *Revista de crítica literaria latinoamericana*, Lima, año XVIII, núm. 36, 2º semestre.
- ZAVALETA MERCADO, René (1965), “La cólera de los mineros”, en semanario *Marcha*, Montevideo, 1 de octubre, p. 18.
- (1983) [1979-80], “Las masas en noviembre”, en René Zavaleta (comp.), *Bolivia, hoy*, México, Siglo XXI Editores.

- (1984), “A diez años de la muerte del Che”, en *Proceso*, México, núm. 426, 31 de diciembre, pp.40-41 [artículo reproducido y originalmente publicado en *Proceso*, núm. 48, 1977].
- (1990) [1967], *La formación de la conciencia nacional*, La Paz / Cochabamba, Los Amigos del Libro.
- ZERUBAVEL, Eviatar (2003), “Calendars and History: A Comparative Study of the Social Organization of National Memory”, en Jeffrey K. Ollick (ed.), *States of Memory. Continuities, Conflicts, and Transformations in National Retrospection*, Durham, NC y Londres Duke University Press.
- ŽIŽEK, Slavoj (1992) [1989], *El sublime objeto de la ideología*, México, Siglo XXI Editores.

18.

La producción teórica para pensar América Latina

Luis Tapia Mealla

— | —

Me pregunto qué significa la historia y lo social en América Latina. A partir de la experiencia y producción de René Zavaleta, puedo decir que pensar es producir síntesis, varias síntesis. Hacer historia es producir una síntesis de hechos, selectivamente articulados, para producir sentido, inteligibilidad y verosimilitud a través de la idea de causalidad. La causalidad es una construcción intelectual que pretende reconstruir el proceso socio-histórico a través de síntesis de hechos. Los hechos seleccionados en modelos y narraciones causales responden a los criterios de: significancia o valencia estructural, acumulación, condensación y mutación o cambio cualitativo. Los hechos se seleccionan para representar los diferentes momentos del proceso. En este doble sentido casi toda historia es teleológica y simbólica. La teleología causalista difiere de la historicista en el hecho de que privilegia las estructuras socio-económicas; la otra, las estructuras culturales y simbólicas.

¿Cómo sintetizar hechos producidos por estructuras sociales heterogéneas? En principio, se puede decir que cada conjunto de estructuras sociales produce otro conjunto de estructuras a partir de las cuales se elaboran sus explicaciones e interpretaciones. Un mismo conjunto de estructuras culturales produce ya varias formas de explicar e interpretar cuando la cultura se vuelve plural y se diversifica internamente como parte de su desarrollo.

La pretensión etnocéntrica ha consistido en pretender la capacidad de explicar la historia de otras culturas y sociedades desde la suya o una que se pretende superior. En América Latina la mirada o pensamiento etno-

céntrico ha sido encarnado por colonizadores y colonizados. El núcleo institucional y discursivo en torno al cual se han construido muchos de los países latinoamericanos responde a la cultura e instituciones del conquistador que ha sobrepuesto su sociedad a las conquistadas. Así, se instaura la condición de ceguera e incomprensión de los territorios sociales que se domina. Por eso, por un buen tiempo los procesos de construcción estatal son proyectos y acciones de modernización, son sus procesos de reconocimiento y conocimiento social. Muchas construcciones estatales latinoamericanas se hacen a base de negaciones, desconocimientos y destrucciones.

El colonialismo combinó conocimiento político funcional con racismo estatal y destrucción del excedente de organización social en relación a sus necesidades de acumulación.

Los nacionalismos son la pretensión hegeliana de negación, conservación y novedad. Negación del colonialismo. Conservación de la cultura señorial del conquistador y parte de las estructuras patrimonialistas y terratenientes que hacían al orden colonial. La producción del Estado-nación como novedad que afirma unas inventadas raíces históricas y comunidad de cultura y tradición.

Los nacionalismos son una voluntad de síntesis hacia delante, con más o menos pasado, de una síntesis en los hechos, como fusión cuando las cosas se articulan en términos de construcción hegemónica, o como selección simbólica cuando se trata de interpretación política y partisana de la historia.

El nacionalismo, o la mayoría de los nacionalismos, ha sido un discurso anti-colonial, elaborado en el seno de la cultura dominante; se vuelve nacionalismo cuando se vuelve a trasladar al centro los valores y fines de autonomía y soberanía. Una buena parte de los nacionalismos más vigorosos reclamaron para sí la virtud del enraizamiento local junto a su sintonía con las tendencias del mundo moderno. Fueron la forma del optimismo político y con eso se reformó Estados.

El nacionalismo es y fue una voluntad de pensar y hacer lo local generalmente por la vía de la homogeneización mestiza. En sus mejores momentos combinó producción de conocimiento con proyecto o proyección política; un conocimiento que sustituya las versiones liberales y señoriales de la historia nacional bajo la forma de negación de la nación, que permita convocar emotiva, intelectual y políticamente a la gente para la acción y movilización política, es decir, que trabaje para el proyecto político.

Quiero volver a la idea de que pensar es articular y producir síntesis. En este sentido la clave es cómo, con qué y en qué momentos se puede producir esas síntesis. Un modo de hacerlo es utilizando teorías generales ya existentes para dar cuenta de los procesos históricos nacionales específicos. Esto en el sentido de suponer o pensar que toda categoría es un artificio de síntesis y articulación a la vez, tanto en la descripción como en la explicación. También, son síntesis parciales que permiten enlazar con otros hechos, dimensiones, aspectos, considerando que casi toda idea o categoría forma parte de un sistema o conjunto dentro del cual produce sentido y eficacia.

La idea que tengo a partir del trabajo de Zavaleta es que para producir conocimiento, más aún en condiciones de heterogeneidad estructural y cultural, no basta aplicar bien teorías ya existentes sino que se hace necesario producir más teoría, esto es, más ideas o categorías de síntesis parcial y de articulaciones de las especificidades. Sobre todo se necesita: a) categorías de penetración en lo heterogéneo, y b) categorías de articulación de lo heterogéneo.

Esto implica que es necesario producir categorías de síntesis en las fronteras entre diferentes tipos de racionalidad. Para explicar esto voy a plantear una serie de momentos de producción teórica. El problema y el dilema de pensar la complejidad y el conjunto de especificidades de América Latina no fue enfrentado por Zavaleta a través de la opción de rechazar las teorías sociales modernas. Después de ese rechazo no queda como resultado lo latinoamericano sino una diversidad de culturas y lenguas e historias diferentes que sólo tiene de común lo que produjeron las unificaciones previas a la conquista, esto es, la *quechuiización* por los incas y la unificación maya y azteca, que son de diferente índole cada una.



América Latina es un modo de pensar un horizonte común; pero si nos adentramos, vemos que América Latina contiene una diversidad de historias y diferentes construcciones estatales y de sistemas de relaciones sociales. Esto ocurre cuando comparamos entre un país y otro; pero cuando la mirada se centra en cada uno de los países se encuentra también con que cada historia nacional también es diversa. En algunos países hay una diversidad estructural, cultural y significativa. En este sentido el reto

que se plantea es cómo pensar y explicar la diversidad contenida en cada historia nacional y, a la vez, cómo pensar lo latinoamericano.

Considero que en el trabajo de Zavaleta, América Latina aparece como un horizonte histórico-político, que permitiría hacer el análisis comparativo, pero también en el proceso de reconstrucción de cada historia nacional se utiliza esa síntesis para comprender cada país. El punto que me interesa resaltar, sin embargo, es que para pasar a explicar la diversidad, que es el punto central, Zavaleta realiza, a la par, una reflexión epistemológica acompañada de una producción teórica. La diversidad tiene que ser explicada en términos históricos y en sus resultados político-sociales. Para esto Zavaleta propuso la idea y categoría de la forma primordial, que es desarrollada en relación con su contrario, la noción de determinación.

La idea de forma primordial sirve para explicar el modo en que cada historia local se ha articulado el proceso de organización la sociedad en sus diversas estructuras y la forma de gobierno, o dicho de otro modo la relación entre Estado y sociedad civil. La noción de forma primordial sirve para dar cuenta de la construcción local del poder, así como para la construcción local interna de la forma social y la política. A esta noción le acompaña la de determinación dependiente, que Zavaleta usa para nombrar el conjunto de determinaciones externas al Estado o nación o a los países que intervienen, o condicionantes más o menos fuertes en los procesos internos.

Zavaleta llegó a establecer la siguiente relación: en la medida que históricamente se ha construido una forma primordial más o menos vigorosa, es decir, una relación en la que existen fuertes correspondencias de retroalimentación positiva entre Estado y sociedad civil, el resultado es que hay mayor soberanía política; en cambio, en aquellas situaciones en que la forma primordial es el resultado de procesos históricos de separación más o menos conflictiva entre Estado y sociedad civil, el resultado es que la forma primordial es altamente vulnerable a las determinaciones externas ya que puede quebrar las estructuras de poder interno atacando uno de los dos polos en sus puntos más débiles. Para Zavaleta, la clave para explicarse y comprender la vida política de los países es estudiar el proceso histórico por el cual se han articulado las diversas formas primordiales entre los países y las sociedades. Esto implica un tipo de principio metodológico y ético a la vez que consiste en que lo primero es reconstruir la historia interna, la acumulación especial en el seno de cada relación Estado-sociedad civil, o lo que él también llamó el horizonte in-

terior en términos de espacio de conocimiento y de tiempo histórico. Esto tiene primacía sobre el análisis comparado en base al uso de modelos teóricos generales y de una manera nomológica deductiva, es decir, tratar de explicar la historia de un país a partir de los puntos comunes que tendrían en relación al modelo general que fue construido en base a un conjunto pequeño de historias centrales para pensar los tiempos modernos.

En este sentido, por lo general las diferencias son aquello que no entra en el modelo; éstas no son explicadas, a veces sólo son descritas como el excedente. El uso de los modelos nomológico-deductivos deja pendiente la explicación de la especificidad de cada historia o acumulación de los hechos en el seno de diferentes Estados-nación. Ante el hecho y el reto de pensar la diferencia, diversidad y especificidad de los hechos históricos, una de las alternativas que históricamente se han desarrollado es la de abandonar el uso de los modelos causales de explicación histórica y optar por la interpretación en una clave más culturalista y hermenéutica.

El reto que Zavaleta se plantea consiste en pensar, a partir de las ciencias sociales, la diversidad no sólo entre los diferentes Estados-nación o historias sino también al interior de cada uno de ellos. A medida que se trabaja en tanto ciencia social, no se puede abandonar totalmente la explicación causal. Zavaleta tampoco lo hace. Lo que enfrenta es el problema del uso de teorías generales para explicar la diversidad. Esto implica pensar los límites de su utilización y, por lo tanto, la necesidad de pensar en teorías y procesos intelectuales complementarios para dar cuenta de la especificidad y la diversidad, no como simple desviación o excedente respecto del modelo general.

El asunto, entonces, en relación a cómo pensar América Latina, se plantearía del siguiente modo: por un lado tenemos un horizonte histórico territorial general, el de América Latina, que va a servir tanto como horizonte de comparación en términos de un recorte de tiempos históricos y de territorios, como horizonte de comparación entre lo que se supone es lo más común en relación a otros territorios, continentes y tipos de sociedad; por otro lado, se va a tener el recurso a teorías generales, en particular a la teoría marxista, para dar cuenta de los procesos causales y de las determinaciones estructurales. Como una tercera dimensión se puede distinguir el estudio de la formación histórica de las formas primordiales de cada uno de los países de América Latina. Lo que hizo Zavaleta, sobre todo, es estudiar la historia boliviana y elaborar un conjunto de explicaciones sobre ella; asimismo, y como producto del exilio en países como Chile, Uruguay y México, principalmente, logró explicaciones mas

sintéticas sobre los procesos de construcción del poder político y de las articulaciones de la forma primordial en algunos países de América Latina. La clave en todo este proceso es justamente estudiar desde dentro el cómo se ha ido constituyendo la forma primordial. Los países sobre los que opinó con mayor autoridad y con aportaciones más elaboradas son aquellos cuya historia él conoció desde dentro.

Esta mirada volcada hacia el interior requirió de la idea de “momento constitutivo”. Esta es una proposición teórica de Zavaleta que, sin embargo, tiene algunos antecedentes en la historia del pensamiento social, presente sobre todo en el pensamiento de Tocqueville. Cabe desarrollar aquí, sin embargo, la modalidad en que Zavaleta explota y desarrolla la idea de momento constitutivo. Se refiere al tiempo social de articulación de la forma primordial, momento en que cuajan, se articulan y definen en los términos más generales, más fuertes, las estructuras y la forma en que éstas van a procesar la producción y reproducción del orden social y político en un tiempo más o menos largo.

Una forma primordial no es algo que se defina de una vez y para siempre. Es un proceso en el que las cosas pueden ir cambiando o moviéndose constantemente, aunque ese movimiento puede ser para desarrollarlas, consolidarlas o para producir un proceso de descomposición. La idea de ese momento constitutivo sirve para pensar ese momento de síntesis productiva en la articulación de una forma primordial. En este sentido, se refiere a un conjunto de hechos históricos que marca esa producción de la forma o destino de un país o sociedad. A la vez, la idea de momento constitutivo contiene también una carga epistemológica, esto es, la idea de que en el proceso de producción de conocimiento hay que remontarse a ese momento crucial de constitución de la forma de articulación del conjunto de procesos sociales, que marca un tiempo histórico que sería algo así como la larga duración.

La idea de momento constitutivo significa que no se puede conocer de igual modo a partir de cualquier hecho histórico o de cualquier coyuntura o fase de la historia de un país, sino que, si bien se toma como punto de partida cualquiera de éstos, hay que remontarse hasta encontrar ese momento. Esto implica que la indagación empieza retrocediendo en el sentido de la búsqueda de ese momento de la articulación macro. Es también una búsqueda de las causas, así como del sentido de los hechos históricos. Una vez que se ha logrado dar cuenta de él, se vuelve a avanzar hacia adelante resignificando o explicándose de un nuevo modo los hechos a partir de o a la luz de ese momento constitutivo.

Esto puede tener un pro y un contra: por un lado aporta el nudo de producción estructural y causal macro partir del cual se puede explicar el tiempo posterior, pero precisamente por eso también se puede correr el riesgo de reducir los acontecimientos posteriores al horizonte de sentido en sus términos más gruesos definido por el momento constitutivo. El trabajo de explicación histórica tiene, entonces, que tener el cuidado de dar cuenta de ambas cosas: tanto de las determinaciones del momento constitutivo, como de las variaciones y novedades que se van produciendo en cada nuevo hecho histórico.

Zavaleta trabaja una combinación que consiste en dar cuenta de la causa estructural y de la acumulación especial de los hechos de cada historia. Para pensar esta dimensión de la causa legal estructural Zavaleta recurrió al marxismo como teoría general, que para él era la teoría que había pensado la configuración del tiempo histórico de la modernidad. En la medida que desde la colonización hemos sido incorporados a esta temporalidad, aunque sólo sea parcialmente, en ese margen también se hace pertinente para pensar nuestra inserción en el mundo bajo la dominación colonial y capitalista. De Marx y de algunos de sus seguidores más creativos, entre ellos Gramsci y en parte también Lenin, Zavaleta retoma el conjunto de categorías y la teoría general que le permitiría pensar la producción de lo social y lo político en tiempos modernos, en particular la formación de los Estados nación. Así, el marxismo aporta, por un lado, la teoría general para entender y explicar la época o el tiempo histórico de la modernidad, y por el otro, también introduce o aporta esta dimensión internacional o cosmopolita para pensar en lo social y lo político; en términos político-ideológicos implica el internacionalismo proletario.

Zavaleta tiene la peculiaridad de articular lo que él mismo llamó centralidad proletaria —siguiendo la pauta del marxismo italiano— con el internacionalismo proletario. Ambas cosas no significan, sin embargo, que metodológica, ideológica y políticamente esté primero la dimensión mundo o un conjunto de determinaciones externas para pensar la formación interna de la nación, sino más bien consistiría en que la centralidad proletaria es el hecho histórico que permite pensar la forma primordial. No siempre encontramos esto. En ese sentido, se hace más difícil la utilización del marxismo como estrategia para explicar la historia de un país. El caso boliviano es algo que se configura después de varias décadas, acaba de madurar hacia la década de los '60 y tiene un momento de revelación en la constitución de la Asamblea Popular en 1970. En este sentido, la centralidad proletaria no implica la primacía que proviene de

la visión de un proletariado internacional, para pensar la política nacional. El internacionalismo proletario tampoco implicaría la primacía de una línea común de acción por encima de los procesos de construcción del poder político local y de la manera en que las diferentes clases obreras participan en la constitución de la sociedad civil y en las formas de dominación del Estado, o de cuestionamiento y reforma del mismo.

Se puede plantear una relación entre deseo, posición política y situación epistemológica. El deseo de comprender la especificidad y la complejidad local interna está ligado al deseo de construcción política. En el caso de la historia intelectual y política de Zavaleta, esto está ligado al deseo de comprender las causas de la descomposición y derrota de la revolución nacional, lo que antes también estuvo ligado al deseo de constituir la nación. Sin embargo, la mayor penetración y desarrollo de un conjunto de ideas que permiten dar cuenta de la complejidad de las contradicciones internas están relacionados con el momento de la derrota y no con el momento de constitución, o lo que se llamó el desarrollo de la conciencia nacional, que tenía más bien como eje primordial el desarrollo de la nación y no así las causas de las contradicciones internas y también de ciertas imposibilidades históricamente acumuladas para constituir el Estado-nación en Bolivia.

A propósito de esto, cabe mencionar la otra idea importante que Zavaleta desarrolló para estudiar la especificidad en la acumulación específica de cada historia local: la idea de crisis, en particular la idea de crisis como método de conocimiento. A partir de la crisis, de los síntomas de descomposición en la forma política y social, se empieza a rastrear el momento de articulación de eso que en la coyuntura se está descomponiendo o desarmando, hasta llegar al momento constitutivo. De la crisis se va al momento constitutivo. De ahí se recorre todo el camino que lleva a la crisis, que sirve como punto de partida en la indagación. Como se verá, aquí no está operando un modelo teleológico de fases de desarrollo, aunque se podría partir también de un momento que podríamos denominar constitutivo o de inicio a partir del cual se van configurando y determinando fases de desarrollo sucesivo. Aquí el pensamiento opera de otro modo. Primero identifica una crisis histórica y a partir de eso retrocede hasta el momento constitutivo. Esto implica que no hay un modelo teleológico subyacente en fases sucesivas de desarrollo a partir de las cuales se ordenen los hechos históricos. Zavaleta se propuso complicar la pregunta que se había formulado Marx, que consistía en plantear cómo conocer y qué se puede conocer en condiciones de dominación, en particular

de la dominación y explotación moderna articulada y organizada como capitalismo mundial. La teoría que luego se conoció como marxismo consiste en una explicación causal de aquello que la ideología dominante imperante en la vida cotidiana y a través de los procesos de reproducción social no permitiría ver. En este sentido, la ciencia social implica trabajar por debajo de la ideología y desmontarla. Zavaleta enfrentó ese reto y uno más: ¿cómo conocer no sólo en condiciones de dominación capitalista, del conjunto de lo que Marx llamó formaciones aparentes (sobre lo cual Zavaleta escribió uno de sus textos más teóricos de desarrollo de teoría política marxista), sino también en condiciones de la dominación colonial que ha producido la sobreposición de la diversidad de culturas y tiempos históricos y de civilizaciones? Para responder a esto Zavaleta recurrió a la noción de “lo abigarrado”.

“Lo abigarrado” es un modo de pensar la diversidad conflictiva y contradictoria producida por el colonialismo. Lo abigarrado es aquello que no podría ser explicado por el uso nomológico deductivo de una teoría general. Cabe recordar que una de las condiciones que hace posible el postular la ciencia moderna y las ciencias sociales con pretensiones de validez general, es el hecho de que se haya producido previamente una homogeneización de la sustancia social o el objeto que se pretende explicar. En la medida en que lo real sea heterogéneo y compuesto, una teoría simple y general tiende a fracasar. Sirve para explicar sólo una de las partes o de las dimensiones de lo real complejo y heterogéneo.

En este sentido “lo abigarrado” es un límite para las ciencias sociales, la experiencia de la complejidad donde sus pretensiones de universalidad o de resolver a partir de un esquema simple de categorías experimenta sus limitaciones. Lo abigarrado es lo complejo, heterogéneo, además en condiciones de dominación, lo cual implica mayores complicaciones o dificultades para el conocimiento. Lo colonial y lo capitalista configuran formas intrincadas de dominación y de velamiento de las relaciones sociales. El grado de abigarramiento que existe en los procesos históricos de articulación de cada forma primordial es un índice de su debilidad, del grado de colonialismo que aún mantienen.

Por lo general, las explicaciones del proceso de formación de las formas primordiales de América Latina han sido elaboradas a partir de la visión de la cultura dominante. En algunos casos, los momentos de penetración cognitiva propiciada por el revisionismo histórico nacionalista en varios países latinoamericanos, se dieron como una reinterpretación y reconstrucción histórica a partir de otro punto de vista en el seno de la

misma cultura dominante. La nación fue utilizada como una noción movida contra la colonia, pero sobre todo contra el momento político de dominación de la colonia y no así como una sustitución global de la cultura dominante. En ese sentido, si bien las formas de nacionalismo que se han desarrollado en América Latina han implicado una sustitución cognitiva, es decir la mirada hacia adentro y la reconstrucción de la autoimagen del país desde dentro, contra las definiciones e imágenes elaboradas y otorgadas desde fuera, desde los poderes coloniales e imperialistas, esto no ha implicado el dar cuenta de la complejidad y diversidad interna que se ha configurado y reconfigurado por el largo periodo de la dominación colonial y su continuación imperialista.

Los nacionalismos, por lo general, adoptaron el discurso y la ideología política del Estado-nación generados en las historias europeas sobre todo, y en menor medida la ciencia social que servía o podría servir para dar una explicación causal histórica de esos procesos. En algunos otros casos se ha introducido con mayor peso elementos de ciencia social.

— III —

América Latina, entonces, es algo que pasa por el rodeo de pensar la construcción local de la forma primordial en cada uno de los países. Es un horizonte cultural histórico y territorial, un horizonte de síntesis. Lo que hemos podido aprender e indagar en cada historia y acumulación local, a veces puede funcionar de modo reductivo: recurrimos a la idea de América Latina como un conjunto de lugares comunes de los cuales precisamente no conocemos el proceso de conformación local de las formas primordiales. Arbitrariamente le atribuimos rasgos comunes, a partir de datos fragmentarios. Este es un modo bastante usual de hacer caracterizaciones sobre América Latina, es decir, recolectar datos fragmentarios provenientes de las historias de diferentes países y a partir de eso construir una caracterización o una tipología de formas políticas y estructuras sociales latinoamericanas. A esto cabe contraponer el recaudo o la idea de que cada uno de esos fragmentos o hechos adquiere sentido en una articulación de hechos y de estructuras, no sólo en una coyuntura o en el momento del cual fueron extraídos sino también en una articulación más o menos larga, que es cada historia local.

Ideas como momento constitutivo, la crisis como método y forma primordial, que he elegido del trabajo de Zavaleta para dar cuenta del

modo en que enfrenta el trabajo de pensar Bolivia y América Latina, son categorías que sirven para pensar, creo yo, otras historias, no solamente la boliviana. Ahora bien, para dar cuenta de la historia boliviana, Zavaleta elaboró otro conjunto de categorías intermedias que sirven para dar cuenta de la acumulación histórica nacional, categorías como medio compuesto, acumulación en el seno de la clase, autodeterminación de las masas y otras. Esto no implica que ahí acabe su utilidad; creo que pueden ser útiles también para pensar cómo se producen articulaciones especiales en otras historias nacionales, teniendo el debido cuidado de no encontrar un caso más de lo mismo, sino de que estas categorías sirvan para dar cuenta de articulaciones y acumulaciones históricas especiales. Estas categorías tienen la finalidad de servir como instrumentos para dar cuenta de las articulaciones diferenciales y específicas de cada historia, no la de pensar un caso más del mismo tipo de fenómeno en cada una o en diversas historias nacionales.

Lo peculiar de la producción teórica de Zavaleta es la elaboración de un conjunto de categorías que no sustituye a las teorías generales. Se trata de un conjunto especial para pensar América Latina que funcionaría como una teoría general para un territorio especial, es decir, como una universalidad delimitada por el continente y su historia. Se trata, más bien, de un conjunto de categorías que sirven de herramienta para poder dar cuenta de las articulaciones especiales de cada historia nacional y, en este sentido, para demarcar, por un lado, los límites del uso de las teorías generales e ir más allá justamente en la tarea de dar cuenta de la diferenciación, de la diversidad, de la heterogeneidad y de la peculiaridad de cada historia.

En este sentido, Zavaleta no ha elaborado conceptos que permitan sintetizar un conjunto de rasgos de América Latina sino este conjunto de categorías que permiten pensar la configuración de la forma primordial de cada uno de los países y, a partir de esto, pensar en términos de articulación general, las relaciones, las diferencias y lo que se comparte en común en el horizonte latinoamericano. Esto es lo que podría decir sobre la contribución de Zavaleta para pensar América Latina.

La Paz, febrero de 2004.

19.

René Zavaleta ante la especificidad latinoamericana del Estado y la política

Lucio Oliver

Se me ha convocado para revisar a René Zavaleta desde el lugar de la teoría social. Hay que decir al respecto que él fue un pensador y un político de su tiempo, entrañable maestro, abundante en sus escritos, abierto a las expresiones cambiantes de la realidad, sensible e inteligente ante los problemas nuevos y ancestrales de los pueblos de América Latina. Tiene una obra prolífica que destaca dentro de la teoría social latinoamericana, ocupando por ello un lugar en los anales del pensamiento social latinoamericano y boliviano. Pero, en su caso, lo que no sucede con el común de los pensadores locales, podríamos invertir la búsqueda y revisar la propia teoría social a partir de Zavaleta. Si bien su reflexión se encaminó a diversos temas de la ciencia social, en este espacio quiero rescatar algunas de sus construcciones sustanciales y originales sobre el Estado y la política modernos, tanto en general como en América Latina.

Además de insistir sobre la actualidad de su pensamiento, quiero puntualizar cómo veo algunos aspectos de su búsqueda en la teoría; destacar que con cierto arrojo abrumador, a la manera de los buenos mineros, entendió a la teoría clásica como una veta gorda que hay que trabajar para apropiarse de un filón de pensamiento que nos enriquecerá siempre que entreguemos nuestro esfuerzo, nuestra creatividad y nuestra habilidad. Quizá la dificultad estribe en que el tema que nos ocupa, el del Estado y la política, es un tema excesivo en él, desbordó su obra, fue tratado en innumerables textos producidos a lo largo de su vida y en especial en el periodo de su producción mexicana (1974-1984). Por lo mismo, y en la medida en que se trata sólo de una mirada, he restringido las referencias a algunos artículos claves escritos después de 1978 y hasta 1983.

La teoría general del Estado capitalista en Zavaleta

Indudablemente, los estudios y debates de René Zavaleta sobre la teoría general del Estado moderno estuvieron motivados por su búsqueda de ampliar creativamente, con los elementos de la experiencia latinoamericana, las herramientas teóricas clásicas para analizar los Estados de la región y en particular el Estado boliviano. Como él mismo diría, trató de llevar a cabo una lucha por re-leer a Marx en contra de las demasiado abundantes y repetidas citas (dogmatizadas) de Marx; su propuesta fue ubicar al propio Marx en relación tanto con su teoría sobre la reproducción ampliada del capitalismo y sobre el dominio del capital, como con vistas a los procesos sociales. A su vez, esa insistencia en el Estado y en la autonomía relativa de lo político en el marxismo (Zavaleta [1978], 1988b) obedece a su comprensión de que la famosa metáfora de la estructura y la superestructura en las sociedades modernas era tan sólo eso, una metáfora, que para hacerse ciencia de lo concreto debía partir de, y llevar de vuelta a, un camino analítico de una realidad unificada, biplano de investigación que debía superarse para asumir que la sociedad es una sola, una totalidad orgánica en la cual la producción y reproducción ampliada de la acumulación de capital no puede entenderse sin incluirlas en la totalidad y, por ende, considerar también de qué manera el dominio del capital y las formas de ese dominio, esto es qué tanto y cómo la política, el poder, el Estado, inciden en su reproducción.

La interrogante para Zavaleta, entonces, fue encontrar en qué sentido la política y el Estado latinoamericanos tienen que ver con (forman parte de) el débil y subordinado desarrollo del capitalismo de nuestros países. Cuestión ésta que nos remite a entender que si bien, en general, el predominio de la ley del valor atañe a la existencia dominante del capitalismo y sus leyes en nuestra realidad –lo que significa que el conjunto abigarrado de las relaciones productivas de nuestros países está determinado por la potencia y el dominio del capital–, existen, no obstante, elementos propios, económicos y políticos, que frenan y deforman el desarrollo capitalista. Las nuestras, aun cuando no sean sociedades plenamente unificadas internamente por el predominio de la subsunción real del trabajo al capital, son sociedades predominantemente capitalistas. Eso atañe a una dada pertenencia de nuestras sociedades locales en la corriente universal del capitalismo mundial. Empero, se trata de sociedades dependientes, sin una base industrial desarrollada y autónoma, sociedades en las que la acumulación se basa en la superexplotación del trabajo por el capital, y

en esa medida son sociedades subordinadas al capitalismo mundial. No obstante, a Zavaleta le gustaba relativizar la cuestión al insistir que no todas las sociedades dependientes tienen el mismo grado de dependencia ni el mismo desarrollo (o subdesarrollo) interno.

Un elemento explicativo adicional a esa dependencia es, sin duda, la existencia de otros modos de producción o de otras formas productivas no capitalistas (pre-capitalistas). Sin embargo, en la medida en que el desarrollo del capitalismo siempre fue parcialmente la acumulación (originaria y desplegada) que se conformaba como tal a partir de la destrucción y/o articulación con otras formas productivas, la pregunta permanente de Zavaleta es por qué en nuestros países esas otras formas productivas resisten y permanecen más y con mayor fuerza de lo debido, obstaculizando el desarrollo capitalista y matizándolo (Zavaleta [1983], 1989b). En este sentido, uno de los elementos explicativos más importantes se encuentra en el peso y el papel de la política y el Estado con relación al capitalismo dependiente, en cuanto aluden a nuestra especificidad como sociedades atrasadas determinadas. Mariátegui mismo sostenía que el atraso de Perú tenía que ver más con la prolongación del poder político de los gamonales y con la connivencia de los inversionistas externos con dicho poder político, que con los obstáculos económicos a la ampliación del capitalismo de la costa (tal como lo expuso en *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, 1928).

Pero en cuanto al Estado, Zavaleta sostenía que si bien hay fenómenos explicativos comunes y generales de la incompletud y debilidad en la región, no hay de hecho una uniformidad regional latinoamericana. Cada Estado tiene sus características peculiares, no obstante que todos ellos expresen la potencia del capital en las sociedades modernas. Justamente en el texto “Las formaciones aparentes en Marx”, Zavaleta insta a estudiar cómo se construye en cada Estado el proceso de separación de la forma Estado respecto de la realidad social capitalista local; cómo cada clase y grupo social, a partir de su ubicación objetiva en las relaciones sociales de producción, desarrolla un conocimiento propio o subordinado de la sociedad en su totalidad, y construye o no sus posibilidades en una realidad política nacional, contribuye a la creación de instituciones y prácticas ideológicas y políticas en las que el Estado pasa a ser un aparato especial de importancia central y con capacidad de crear su propia ideología. Pero ese, para nuestro autor, es un proceso particular de cada sociedad latinoamericana. No obstante, la labor de ampliación teórica de Zavaleta lleva a entender al Estado como fuerza productiva unificada, como unidad de las

distintas fracciones de la clase capitalista, como mediación por excelencia entre dichas fracciones y los diversos componentes de la sociedad civil, así como automediación con la sociedad en su conjunto. Pero ello es un punto de partida para el análisis.

En toda su obra Zavaleta insiste en que el estudio del Estado, en general y en lo específico de cada realidad, tiene que ser realizado desde un punto de partida crítico dado que el Estado que se presenta ante la ciencia social no es un Estado transparente, sino transfigurado; es una formación aparente que enmascara la realidad de nuestros países. Está claro que el punto de vista crítico deberá partir de la colocación objetiva ubicada en la ley del valor como núcleo analítico básico para, a partir de ahí, buscar en las contradicciones históricas y políticas de la lucha entre clases la creación original de lo propio del Estado y la política.

La reflexión sobre lo específico del Estado latinoamericano

En los dos textos teóricos de su obra más directamente referidos al Estado, *Las formaciones aparentes en Marx* ([1978] 1988b) y *El Estado en América Latina* ([1983] (1989c), Zavaleta insiste en que no existe una teoría general del Estado como “modelo de regularidad”, similar al que existe en Marx sobre el modo de producción capitalista, lo cual no significa que no haya aspectos en el Estado y la política, derivados de las relaciones sociales de producción y reproducción, ni que las ciencias sociales deban sustituir el análisis teórico por el estudio histórico particular. Significa que el Estado es una construcción histórico-política aun cuando su raíz esté en la relación de capital moderna. No sólo es una construcción que incluye el desarrollo de la voluntad y la capacidad, sino que éstas operan a partir de una forma, la forma Estado, que es una expresión transfigurada y aparente, también construida ideológica y políticamente, de esa relación de capital. Por lo mismo, el Estado produce una racionalidad y un sistema de mediaciones histórico-particulares que no son iguales en todos los Estados, de tal forma que un Estado difiere de otro en todo el proceso de su constitución y desarrollo, en su papel y sus logros, a partir de determinadas bases comunes. Tal como lo asentó el propio Marx casi al final de su vida:

“La ‘sociedad actual’ es la sociedad capitalista, que existe en todos los países civilizados, más o menos libre de aditamentos

medievales, más o menos modificada por las particularidades del desarrollo histórico de cada país, más o menos desarrollada. Por el contrario, el ‘Estado actual’ cambia con las fronteras de cada país” (Marx, 1955, T. II:24).

El mismo Marx agrega:

“Sin embargo, los distintos Estados de los distintos países capitalistas, pese a la abigarrada diversidad de sus formas, tienen de común el que todos ellos se asientan sobre las bases de la moderna sociedad burguesa, aunque ésta se halle en unos sitios más desarrollada que en otros, en el sentido capitalista. Tiene también, por tanto, ciertos caracteres esenciales comunes” (Marx, 1955:24).

Con relación al Estado latinoamericano, Zavaleta se interesa especialmente por analizar la abigarrada diversidad de sus formas, entender cómo los diversos Estados son producto de e intervienen en sus respectivas sociedades, uniendo a las clases dominantes, mediando en ellas y entre ellas, creando burocracias, desarrollando ideologías, constituyendo una unidad nacional que garantice la reproducción ampliada del capital y creando una hegemonía que se traduzca en una determinada cohesión social. Esto con el objetivo de “conocer para transformar” y no de adoptar idealizaciones. Justamente el propio Zavaleta critica “las visiones idílicas de la subsunción hegemónica” que ignoran o menosprecian las dificultades y contradicciones del proceso de construcción estatal concreto en los países de la región latinoamericana (Zavaleta [1983], 1989c). Es en la indagación de esto último donde está puesta la mira de Zavaleta. Él no busca entender al Estado como conclusión histórica política única de una determinada sociedad, sino entender al Estado como sujeto político, como actor a partir de la construcción de su propia racionalidad burocrática y con base en la disponibilidad de un determinado excedente que no es otra cosa que la circulación de la plusvalía. Sin embargo, como él mismo dice: “*el desprendimiento del Estado respecto de la sociedad es un proceso de la historia, o sea algo que se ha obtenido a veces y a veces no o que se lo ha obtenido de un modo ocasional y patético*” ([1983] 1989c:173).

La búsqueda de lo específico del Estado latinoamericano y del Estado en los distintos países del área está orientada a investigar la realidad de cada Estado particular en lo que éste es, en tanto “*actor consciente (o que se propone serlo) dentro de la sociedad civil, sea como productor, como*

emisor ideológico y aun como facción, según el momento del desarrollo de esa relación” ([1983] 1989c:173)

Zavaleta no es un teórico abstracto del Estado moderno, aun cuando haya desarrollado en ese sentido una importante producción. Por eso no se detiene *in extenso* en el estudio general del Estado, sino en la medida en que quiere esclarecer los elementos teóricos necesarios para una investigación adecuada del Estado específico, particular de cada país. En esa búsqueda Zavaleta introduce y desarrolla la noción de “ecuación social”, herramienta conceptual que busca caracterizar “*el grado en que la sociedad existe hacia el Estado y lo inverso, pero también las formas de su separación o extrañamiento*” ([1983] 1989c:177). En ese sentido,

“(…) hay ecuaciones en las que la sociedad es más robusta y activa que el Estado, ecuaciones donde el Estado parece pre-existir y dominar sobre la sociedad, al menos durante periodos determinados y sistemas donde hay una relación de conformidad o ajuste. Esa relación supone un movimiento y por eso es tan absurdo hacer clasificaciones finales sobre ello”.

Las mediaciones que participan de determinada ecuación social son, por tanto, variables, mutantes y concretas. De esta forma Zavaleta concluye, sobre el concepto de ecuación social, que por él “*entendemos entonces el modo de entrecruzamiento entre la sociedad civil, las mediaciones y el momento político-estatal*” ([1983] 1989c:177-178). Con esta herramienta podemos captar lo específico y lo diverso de la realidad latinoamericana y esto nos aclara el que los elementos básicos de la ciencia política –como los partidos, la iglesia, los sindicatos, la escuela, los parlamentos, etc.– no tienen un sentido y un papel unívoco: “*la definición estática de estos escalones es la ruina del análisis político*”. Por ello Zavaleta termina por proponer el siguiente apotegma: “*Lo que importa, por tanto, es el recorrido de los hechos en la edificación de cada Estado*” ([1983] 1989c:179-180).

El debate actual sobre la globalización y el Estado latinoamericano

Con relación al Estado, la transnacionalización del capital en la hora de la globalización ha estado acompañada en la literatura dominante de

dos ideas claves, relativamente contrarias y plenas de mistificación: la del fin del Estado en América Latina y la de su reforma neoliberal para dar un espacio abierto al mercado. Ambas ideas son parte de la tentativa por parte de los nuevos Estados neoliberales de generar una nueva apariencia. De hecho, si consideramos lo señalado por Zavaleta, el Estado no puede esfumarse “así nomás”, porque es una forma necesaria a las relaciones del capital, y es una forma “nacionalmente” necesaria porque, como dice Zavaleta, constituye la manera en que la sociedad se ve a sí misma con los ojos de la burguesía ([1978] 1988b). En la medida en que dicha forma es histórico-política no es posible simplemente la “substitución” de los Estados latinoamericanos por los Estados centrales, por lo menos no lo es en las condiciones de independencia política y determinación nacional de los primeros. Y la globalización no está planteando, al menos por el momento, un neocolonialismo político abierto. De esta forma, el fin del Estado latinoamericano está aún lejos y, más que resultado de la universalización de la ley del valor, será resultado de la lucha político cultural de los pueblos.

Por otro lado, la reforma del Estado, que busca lograr el predominio del mercado, tampoco significa realmente la anulación del Estado sino su orientación neo-oligárquica al servicio de los intereses de la transnacionalización. Dicha reforma estatal mantiene la “primacía de lo ideológico” ya señalada por Zavaleta ([1978] 1988b), sólo que la nueva emisión ideológica del Estado está orientada a convencer que es en el mercado donde los problemas sociales van a canalizarse y resolverse, y dirigida a ocultar las nuevas relaciones sociales transnacionalizadas y el nuevo papel del Estado transnacionalizado de priorizar la valorización del capital transnacional. Por ello, el verdadero carácter de la reforma del Estado está en una reorientación ideológica y no tanto en la supuesta minimización del Estado. Las dificultades del Estado en América Latina para apropiarse del excedente en las condiciones de la transnacionalización del capital se manifiestan también en las dificultades que tiene para realizar su penetración ideológica, por lo que ahí está la verdad del Estado latinoamericano en la globalización. Y esa verdad se expresa en recurrentes y sucesivas crisis políticas de los Estados: Brasil en 1999, Argentina en 2001, Bolivia en 2003, Ecuador en 2004, México, Nicaragua y Bolivia en 2005, etc.

Lo local y lo nacional bajo la globalización

Un elemento nuevo con relación al poder político nacional, producto de la globalización, es la recuperación de la capacidad de lo local para autoafirmarse, tanto por la crisis ideológica del Estado nacional como por las nuevas opciones que se abren para que lo local se articule de forma autónoma con lo mundial. Este estado de cosas crea nuevas situaciones que exigen una urgente atención. De hecho, por ejemplo, en el país de Zavaleta, a partir de febrero de 2005 la demanda de autonomía de la región productora de gas, el oriente de Bolivia, está planteando un reto al Estado nacional tradicional. Lo está planteando en la medida en que la fuerza impulsora de la autonomía, la asociación cívica santacruceña, pretende lograr plena decisión sobre los recursos naturales del oriente sin intervención del Estado nacional. Y en ese sentido, el movimiento está demostrando también la crisis de la fuerza del momento constitutivo primordial que resulta de la agricultura milenar y de la minería ([1983] 1989). La región oriental está mostrando la debilidad de ese momento constitutivo primordial en una parte de Bolivia, un área hegemonizada por la oligarquía capitalista de Santa Cruz, lo que evidencia como cierta la aseveración de Zavaleta en el sentido de que lo nacional no está del todo resuelto en América Latina. También demuestra que la reafirmación de lo local vía la acción de las masas puede tener un fuerte componente reaccionario y antinacional. De ahí que la propuesta de una Asamblea Constituyente que redefina democráticamente lo nacional y lo local en las nuevas condiciones, resulte una opción política ideológica avanzada para canalizar las nuevas contradicciones de ese país.

Por ello resulta natural que el problema no se pueda resolver fácilmente en el ámbito institucional del Congreso boliviano, y que desde 2003 hasta hoy esté alimentando una de las mayores crisis nacionales de los últimos tiempos. Y ello muestra que Zavaleta tiene razón al plantear que lo democrático dentro del Estado no sólo está dado por el funcionamiento de las instituciones representativas, sino que está referido, sobre todo, a la autodeterminación de las masas, misma que “se puede decir que aquí se reemplaza la democracia *para la clase dominante* por la democracia *para sí misma*”. Para Zavaleta la masa es la sociedad civil en acción. Y es esa masa, la calidad de la masa, la verdad de la democracia:

“la autodeterminación de la masa es lo que da un sentido al resto de las acepciones sobre la democracia. Sin embargo,

no conlleva una tendencia progresista por sí misma. En realidad, la sociedad civil concurre al momento determinativo con todo lo que es. Es en la lucha entre los aspectos de lo que lleva donde se define qué es lo que será” (Zavaleta [1981] 1989a).

El propio Zavaleta reconoce que no es sólo la lucha de la masa lo que podrá reconstruir lo nacional en Bolivia, sino también la actividad de las instituciones representativas, aun cuando advierte que

“(…) hay un grado limitado en que el Estado político puede recibir a la sociedad civil. En general se diría que nunca la puede recibir del todo... por más armónico y translúcido que sea el aparato-Estado político, la sociedad civil no será capaz de informarlo sino en la medida de su propia autodeterminación democrática” (Zavaleta [1981] 1989a:69-70).

La cuestión de lo público democrático en torno de lo específico

La perspectiva que Zavaleta propone del Estado capitalista y del Estado latinoamericano como la síntesis de la sociedad (*Las formaciones aparentes en Marx*, 1978), síntesis calificada, nos habla de cómo la propia burocracia política y la racionalidad burocrática se erigen en un sujeto en sí mismo, apto para contribuir a la transfiguración del Estado, emitir ideología, unir a la sociedad civil, mediar entre las clases y crear sus propias mediaciones. Es decir, la connotación de clase del Estado no implica que el Estado sea una entidad pasiva y conclusiva, sino que deviene un actor social a través de la racionalidad burocrática, racionalidad que unifica, media, dirige y universaliza.

Lo que se desprende de ello es la importancia que tiene para el movimiento popular y para los proyectos políticos de ese carácter, tanto en su expresión de autodeterminación de la masa como de lucha institucionalizada por la mayoría (Zavaleta [1981] 1989a) la disputa que se dé a esa racionalidad burocrática, para proponer otros proyectos de sociedad junto a otra idea de lo público, ya no asociado a la racionalidad y a las decisiones de una burocracia autoritaria y vertical, sino a espacios públicos societarios donde la masa y la población puedan disputar la

representación y ejercer su fuerza participativa en el Estado, su autodeterminación democrática, disputa que, como siempre planteó Zavaleta, tiene que tener tanto internidad al Estado como poseer una necesaria externidad, de tal forma que pueda proponer la crítica y la superación social radical del capitalismo.

De hecho, en la experiencia latinoamericana reciente hay una multiplicidad de experiencias y luchas larvadas de la sociedad civil por expresarse en el Estado como la cosa pública frente y en oposición a la burocracia del Estado: en la crisis argentina se manifestaron las asambleas populares de barrio como órganos de verdadera disputa de lo público; en el Brasil de la época de Lula, por ejemplo, la sociedad civil se expresa por la vía del reclamo de participar en la decisión y en la ejecución de las políticas públicas del Estado, situación no asumida ni por el presidente ni por su partido, ya que dicha participación ha sido restringida al programa de seguridad alimentaria llamado “Hambre Cero”, donde inicialmente se planteó la participación de dos tercios de la sociedad civil y un tercio de funcionarios del Estado; en Bolivia, por su parte, está la experiencia de los cabildos abiertos para unificar la conducción de la lucha política de la masa, que expresa la participación directa de la sociedad civil en las decisiones públicas; en México, el movimiento zapatista ha planteado la apropiación ilegal, aun cuando legítima, de lo público en los municipios autónomos de la región de Chiapas.

Es posible que en toda América Latina existan múltiples experiencias en torno a la disputa de lo público entre la sociedad civil y las burocracias del Estado. Parece, en tanto, estar llegando la hora de institucionalizar lo público societal para poner un límite a la conversión neoliberal de los aparatos del Estado y de las instituciones vinculadas a éste: partidos, sindicatos, parlamentos, etc. En ese sentido convendría releer a Zavaleta para entender la importancia de la disputa tanto en torno a lo ideológico como al Estado. Ahí está, al parecer, una veta sustancial de confrontación histórica inmediata en América Latina. En fin, estos apuntes y todas estas reflexiones han sido estimulados por la relectura de una parte ínfima de la obra de Zavaleta, misma que aún espera ser conocida y apropiada por la academia y la política latinoamericana.

Ciudad de México, julio de 2005

Referencias bibliográficas

- ZAVALETA MERCADO, René (1988a), “Clase y conocimiento”, en *Clases sociales y conocimiento*, La Paz, Los Amigos del Libro.
- (1988b), “Las formaciones aparentes en Marx”, en *Clases sociales y conocimiento*, La Paz, Los Amigos del Libro.
- (1989a), “Cuatro conceptos de la democracia”, en *El Estado en América Latina*, La Paz, Los Amigos del Libro.
- (1989b), “Problemas de la determinación dependiente y la forma primordial”, en *El Estado en América Latina*, La Paz, Los Amigos del Libro.
- (1989c), *El Estado en América Latina*, La Paz, Los Amigos del Libro.